

La sombra de Sucre



Pichincha

Tarqui



La sombra de Sucre

No siempre acaba la vida en el gran silencio eterno. Algunos muertos continúan, como las antiguas sombras, interviniendo en los sucesos, para enderezar su curso, o demandar justicia. Cuando se pretende enterrar a ésta, los muertos despiertan, hablan e inspiran las acciones de los vivos.

No solo en la leyenda, no únicamente en la invención literaria, se suscitan las venganzas de ultratumba. Ellas se ejercen efectivamente en el proceso de grandes crímenes.

La esposa de Macbeth mira teñirse la piel con la sangre de Duncan. El espectro de su padre arma el brazo de Hamlet, quien no descansará hasta que se consuma la terrible vindicta....

En las viejas tradiciones, la impunidad de los hechos de muerte, no se perdona, y el arte resucita a los difuntos, para ejecución del castigo del Cielo.

En una balada, intenté trazar uno de esos cuadros de generosa vindicta:

¡GRACIAS!

De noche, el hermano sueña
que al pie de medrosa peña,
y a la orilla de un pantano,
yace insepulto su hermano.

Es su pobre hermano ausente,
aquel que huyó derrepente,
y lejos fuese como hoja
que el viento al confín arroja....

Cerca a un camino le muestra,
la oscura gruta siniestra,

donde un cadáver aguarda
a su vengador, que tarda.

Pedro, al lucir en la altura
la alborada, se apresura;
y allí en el antro sombrío,
encuentra el cadáver frío
de su hermano Juan, que muestra,
a la diestra y la siniestra—
signo de lucha mortal—
dos heridas de puñal.

Después, álguien en el sueño,
le muestra el rostro cenceño
del asesino alevoso,
que en un rincón tenebroso,
como agazapada fiera,
la final venganza espera.

Y en un día y otro día,
va por la ruta sombría
que vió en sueños.... Una huella
en la hojarasca.... Es aquélla,
la misma.... Al pie de una loma,
la medrosa cueva asoma.
Luego le corta el camino
un hombre: ¡es el asesino!

En imprevisto furor,
grita y reta el vengador:
—¿Y la sangre de mi hermano?—
Entonces, ¡Dios soberano!
el tigre de la montaña
salta a la final hazaña—
en alto la hacha homicida—
exclamando —¡muerte o vida!—

Mas cual águila se lanza
el hermano a la matanza;
y de la boca de fuego
el plomo surgiendo luego,
al tigre en su sangre baña.

Y el tigre de la montaña

huye a la caverna, herido;
y en su invalidez perdido,
la última blasfemia vierte,
para entregarse a la muerte.

¡Terrible venganza hermosa!
que ya el vengador reposa
sobre su laurel, y el sueño
le muestra un cuadro risueño....

Su hermano a los cielos sube,
en las alas de un querube;
y la luz del nuevo día
—¡gracias!— diciendo, le envía....

Así pudo ser, así debe ser la justicia de los muertos, cuando se la estorba y se la burla en la tierra, por la intriga de los poderosos y la artimaña de los procesos.

Estos episodios que arrancan desde la remota antigüedad, exornados por la tremenda poesía de la tragedia, pueden aplicarse al largo, casi secular castigo histórico del asesinato del Mariscal Antonio José de Sucre, bien llamado el Abel americano, por el no menos infeliz Simón Bolívar, Libertador de América.

La elevación, sobre todo en los revoluciones de los pueblos, termina en el sacrificio. La cumbre—altar de inmola—ción—, la mentira de la gloria se paga con la sangre del suplicio, para comprobación de la vanidad del intento humano de edificar, en la fragilidad de la vida, el paréntesis de la felicidad....

La epopeya americana de la liberación había terminado en una farsa de sangre, para fragmentar las unidades nacionales y enpequeñecer la empresa misma de la emancipación. Los caudillos, desengañados, buscaban refugio para sustraerse a los furrores de la tormenta. Bolívar fue en pos del mar, sobre cuyas piadosas olas pudiese llegar a un puerto de Europa, donde él soñó la libertad de la patria. El General Rafael Urdaneta quedó en el *infierno de Bogotá*, en forma de condenado a muerte, que por milagro de poder invisible, se sustraería a los puñales ya afilados contra él. El Mariscal Sucre determinó hundirse en las aguas muertas de la vida privada, para ahogar en la postergación las desiluciones del patriota.

¿Quiénes empuñarían el timón de la nave? Deshecha ésta, ¿a qué playa irían a parar sus restos?

Pero la grandeza, hasta al descender al ocaso, se impone con la majestad y provoca el furor de los mediocres engraidos, de los secundarios a quienes estorba la superioridad del genio y del valor. A los grandes hombres se les teme, aunque ellos se inhiban y con ello pretendan redimirse del odio de los rivales.

Las guerras de independencia, por extrema animosidad, habían determinado tal furor sangriento, que por él se explica la inconcebible declaración de la guerra a muerte, que afrentó la causa de la libertad, provocando nuevas represalias e inevitable descrédito y retardando el triunfo de la patria. Así es cómo se vino perdiendo el respeto a la vida humana, después de ejecuciones en masa y de la inclemencia más despiadada que es dable encontrar en contiendas civiles.

Respirando esta atmósfera, no es raro que germinase la insensata doctrina del asesinato político. La fiebre revolucionaria de Francia había caldeado la temperatura de muchos cerebros juveniles, a lo que se añadía la práctica de siniestras venganzas del código de las sociedades secretas, establecidas ya a influjo de las sectas norteamericanas, como instrumento decisivo en la revolución. Luego, en las juntas tenebrosas, se decretaría la muerte de los mismos libertadores, acusados de traición a la mal comprendida libertad.

Tal ideología implacable, con vista a ejemplares grecolatinos —a Harmodio, a Bruto— debía traer la ficción de la tiranía, para llegar al castigo de los supuestos traidores a la libertad. El tirano había de ser el Libertador Bolívar; y de tiranos se había de calificar también a Sucre, a Urdaneta, a los pocos que guardasen lealtad al Padre de la Patria.

En el año terrible, el infausto 1828, había de prender la chispa de la conjuración. Ello fué en la noche del 25 de Septiembre contra la vida del Libertador, que la salvó prodigiosamente, por el valor de una cortesana.

Se escribió la página liminar del gran proceso de sangre que había de manchar a Colombia, que moriría con sus grandes caudillos, dejando en el ambiente el funesto ejemplo del asesinato como recurso político, para tormento y maldición de quienes alimentaron el veneno de esa doctrina que germinó en el cerebro de Caín.

Los casi ínfimos, los postergados que envidiaban la superioridad, letrados y tribunos emponzoñados por la imitación de perversidades elegantes, jóvenes ilusionados por la falsedad de fingidas virtudes republicanas, locos con la locura de la ambición y la embriaguez de la vanagloria, los mercenarios ex-

tranjeros comprados con moneda de perfidia, el rebaño de siervos de las juntas tenebrosas; todos esos actores se sumaron, se organizaron y procedieron para la dispersión de la primera patria, para su entrega en partijas a los caudillos de segunda fila y para eliminar a los tiranos: los tiranos Bolívar, Sucre y uno o dos más (¿Rafael Urdaneta, Flores?).—No lo era Obando.... Tal la lógica del momento, y tal la falsificación del sentido de las palabras.

A impulso de esta convicción, los menos suspicaces adivinaban cuales serían las víctimas. Bolívar quedaba al margen. El no podía ya volver al resplandor—moribunda la antorcha de su nombre. El índice fatal señalaba ante todo a Sucre, después vendría el turno para el general Rafael Urdaneta.

Tras el fracaso de la misión de Sucre ante Páez y Mariño para la reconstitución, por lo menos federativa de Colombia, el Mariscal no pensó sino en el regreso a Quito, a la patria de su elección, donde le esperaban la esposa y la hija para las delicias del hogar, que le fueron tan breves como un episodio de relámpago en la larga noche de la guerra. Creyó que se perdonaría su gloria, que se daría crédito a la sinceridad de su retiro... Pero él no cabía en las nuevas combinaciones de la política. Prevalecían en el gobierno muchos patriotas de los de Septiembre; y el miedo —la más cobarde de las pasiones humanas— había decretado la eliminación del héroe inofensivo que había resuelto poner la espada bajo la almohada de su lecho de amor.

En el trazado de implacable geometría del crimen, fue conducido el desgraciado Mariscal hacia una angostura, en que desde uno y otro flanco dispararon, de lo alto, tres fusileros, al mando de un Jefe. En trance inevitable, muerto quedó sobre el barro del sendero, el segundo de los grandes caudillos de Colombia, primero ya desde la proscripción de Bolívar, que había pasado a la historia....

* * *

No terminó allí el terrible drama. Comenzaba otro, casi de un siglo, el de la venganza del héroe contra sus matadores, el de la justicia de la historia, aunque tardía, irremediable. Cuando la caballería en que montaba el Mariscal emprendió carrera vertiginosa al sur, junto con los de su séquito, el cadáver tendido en la senda pedía, en muda actitud, el rayo del Cielo para los asesinos.

“El trágico suceso que afiló la cuchilla de los partidos,

atrajo sobre la patria nuevos dolores, tiñó de sangre y blanqueó de osamentas humanas nuestros campos.... La historia de todos los tiempos y naciones prueba que ciertas cabezas no caen solas, y que al caer estremecen la tierra"(1).

Los que habían organizado el crimen, ellos mismos fingieron inquirirlo. Uno de los principales cómplices se encargó de repasar el camino y llegar al sitio de la inmolación.

Mariano Antonio Alvarez, según la consigna, acudió al lugar del crimen para los trámites y comprobaciones de una justicia que no se haría sino tarde y a medias. La comparsa de asesinos había señalado, entre ellos, también a los oficiales de aquella ironía de proceso. El Mariscal comparecido en el juicio de Dios, advertiría desde el reino de las sombras, cómo se comenzaba a administrar justicia en el mundo....

A la fidelidad del asistente del general, a un pobre hombre de color, se debió la piadosa sepultura del Jefe, en un rincón de la tierra—de la de ese fango maldito.

El cadáver fue piadosamente inhumado en la cercanía del tenebroso sitio. El crimen no tuvo otro móvil que el mal llamado político, que se comprobó con el hecho de no haber sido despojada la víctima ni siquiera del dinero que llevaba. (2)

Se cumplió el último religioso deber, plantando sobre la ingrata tumba del héroe, una cruz de ramas del siniestro bosque, anudadas con juncos silvestres. ¡Tanta gloria, nobleza y lealtad acabaron así!

En el sepulcro no dormía en paz el héroe, aunque se pudriese bajo la ingrata humedad del suelo que él no quería para su tumba. Desde allí, animaría la conciencia pública, a que despertase y fulminase

Desde luego, como corolario obligado de la emboscada criminal, fueron desaparecidos o *suicidados* los tres asesinos, escribe Posada: "Esta muerte repentina de los tres infelices ejecutores obedientes, dice más que cien declaraciones y que cien libros que se escriban, inclusive los míos"(3).

Al conocerse la terrible nueva del asesinato, un rayo de estupor fulguró sobre Colombia; y la opinión certeramente señaló a los Jetes de la facción del Cauca como a autores y cómplices. Obando, en los primeros momentos de sinceridad, declaró, en carta al General Flores Jefe del Sur, que se

(1) Posada Gutiérrez. Memorias t. II. 91. Edición de Bogotá.

(2) A Flores Jijón. El Gran Mariscal de Ayacucho.

[3] Memorias T. II. P. 138.

le acusaría a él (a Obando) como autor del crimen.

Añadiéndose a esto el preciso anuncio de *El Demócrata* de Bogotá, sobre que Obando haría en Pasto con Sucre lo que los conjurados de Septiembre no lograron con Bolívar. Estaba en el ambiente la convicción de que aquel feroz caudillo de guerrilleros, en connivencia con el jefe militar de Neiva, López, había concertado el atentado que decretó la junta secreta de la Capital, intérprete y mandatario de los hombres de Septiembre que, después de matar moralmente al Libertador, juzgaron indispensable suprimir a Sucre, que en los departamentos del Sur y al mando de las tropas vencedoras en Tarqui, podría restablecer la repudiada dictadura bolivariana y reintegrar Colombia.

Sucre es seguro que francamente procuraba y predicaba la unión; y hasta en vísperas de su muerte, escribió a Flores que aguardase su presencia en Quito, para no aventurar cualquier cambio en los departamentos meridionales.

Ha podido añadirse a tantos datos de convencimiento el del Sr. Manuel J. Mosquera, después Arzobispo de Bogotá, quien trajo al General Obando, inocentemente, la orden del asesinato expedida por la junta de sicarios, reunida en Bogotá.

El Diputado de Cuenca Sr. José Andrés García Trelles, en información a su nieto Dr. Antonio Marchán García, quien la hizo pública en la prensa, expuso: que desde el camino, mucho antes de Popayán, tuvo denuncias repetidas el General Sucre de que sería asesinado, por orden de los jefes militares de esos departamentos y que los compañeros de viaje del Mariscal le suplicaron—sin lograr el desistimiento—que contramarchase, para tomar otra ruta, en el regreso a Quito. Sucre, advirtiéndole sin duda que, en la de Panamá o Buenaventura, corría igual riesgo, entregóse valerosamente al acaso adverso. ¡Era un condenado a muerte, y en vano sería el empeño de rescatarse de feroces jueces de hecho, que serían al mismo tiempo implacables verdugos.

Bolívar, cuya visión certera, aun a través de la opacidad de la intriga, nunca se equivocaba, señaló a los autores del horrendo crimen. En Noviembre de 1830, desde su lecho de enfermo irremediable, escribió: "El nuevo General Jiménez ha marchado al Sur a proteger el Cauca contra los asesinos de la más ilustre víctima. Añadiré como Catón el anciano: este es mi parecer, y que se destruya a Cartago. Entienda Ud. por Cartago la guarida de los monstruos del Cauca.... ¡Vengamos a Sucre!... Venguese a Colombia, que poseía a Sucre, al mundo que lo admiraba, a la gloria del Ejército y a la santa lu

manidad, impiamente ultrajada en el más inocente de los hombres. . . . Los más célebres liberales de Europa y América han escrito que la muerte de Sucre es la mancha más negra e indeleble de la historia del Nuevo Mundo y que en el antiguo, no había otra semejante en muchos siglos atrás." (4)

Los Generales Obando y López, con la arrogancia de su encumbrada posición y el respaldo de numerosos partidarios, pidieron al Presidente de Colombia Dn. Joaquín Mosquera se abriese juicio contra ellos, para el objeto de su vindicación.

El general Rafael Urdaneta, sabedor de los diversos incidentes que determinaron el asesinato, prosiguió el enjuiciamiento, que iba derecho contra los jefes de la Montaña, Obando y López. Cuenta Posada Gutiérrez en sus *Memorias* que él indicó a Urdaneta que se abstuviese de proceder contra tan poderosos y afortunados asesinos, siendo quizás lo más prudente entregar a la helada vindicta del olvido el tenebroso crimen.

Mas, el sentir popular invadió la atmósfera y señaló a los malhechores. Otro Urdaneta, el General Don Luis, denunció públicamente a los jefes de Popayán y de Neiva como autores y cómplices del atentado.

Dato de suma entidad fue la comisión del Gral. Obando a Flores, que se la encargó a su Capellán Ignacio Valdez, para sincerarse ante aquel General de participación en el asesinato de Sucre. ¿A qué estas justificaciones y excusas, si él era inocente? Nadie dudaba entonces de los motivos del crimen ni de sus autores: no menos que el mismo Batallón Vargas al que Valdez pertenecía "se pasó al Ecuador; alegando entre otras razones sus Jefes que no querían continuar sirviendo bajo las órdenes de los asesinos del gran Mariscal de Ayacucho". (5)

Entonces fueron las vacilaciones y los cambios del Gral. Obando. Desde luego imputó el crimen a una de las partidas del guerrillero Noguera, que merodeaban en la montaña. Después a desertores del Ejército del Sur y al cabo al Coronel Guerrero al servicio del Ecuador y como tal, agente del Gral. Flores. Mas tarde, el índice acusador señalaría, en sus vertiginosas variaciones, al Gral. Isidoro Barriga, segundo esposo de la Marquesa de Solanda.

(4) Carta a Flores, 4 de Noviembre de 1883. Cartas de Bolívar por Vicente Lecuna. T. IX.

(5) Posada t. I, p. 17. —Véase Irisarri—Historia crítica....

¡Cuán difícil hacer justicia y hasta procurarla contra los poderosos de la política y actores de los grandes crímenes!

La responsabilidad del crimen de Berruecos, para una simple junta de jueces de hecho, resultaba clara con meridiana luz. Los preliminares de Bogotá; la junta de energúmenos que decretó la supresión del Mariscal, junta que Don José María Samper, defensor de los famosos criminales, la confiesa; la misiva al General Obando; el proyecto de realizar el asesinato en el Magdalena; el anuncio del General López desde Neiva al colega Obando sobre la marcha de Sucre; la consulta de Obando a Flores sobre lo que debía hacer con el vencedor de Ayacucho; la carta del mismo Obando a Murgueitio, en procuración de encaminar la víctima al matadero; la reunión de Sarria y Erazo en La Venta y su sospechosa contramarcha; la misión de Alvarez confirmada epistolarmente; el compromiso de los tres asesinos; la dirección de Morillo, quien tuvo que intervenir "porque si no lo hacía obedeciendo a Obando, seguramente habría sido asesinado"; el testimonio del capellán Valdez sobre convicción pública de que Morillo habría ejecutado el asesinato; la muerte simultánea y súbita de los Rodríguez y Cuzco, de la comparsa de asesinos; la farsa judicial a cargo de Mariano Antonio Alvarez; la efímera prisión de Erazo y Sarria, puestos inmediatamente en libertad a influjo de Obando, no obstante convencimiento general de su criminalidad; la paga de diez pesos a cada uno de los fusileros, la de veinte pesos a Erazo y la de cuarenta a Morillo—precio de la sangre del sntoj. . . . (6)

Ya en 1829, a propósito de la traición del famoso guerrillero realista y traidor a Colombia, el Libertador,—que era en verdad un vidente,—lanzó, en una proclama célebre, la siguiente condenación: "¡Pastusos! la fama de vuestro valor ha llevado a Obando a vuestro país, para extraviaros. No le sigais más: abandonadlo a la maldición que le persigue, o arrojadlo a los torrentes del Guátara o del Juanambú. No excitéis más la venganza de Colombia. Mirad que la Providencia castiga a los perjuros".

El Libertador conocía perfectamente al sujeto, y de cuanto era capaz aquel hombre funesto, que no muy tarde, declararía que, a estar él en Bogotá en la noche de Septiembre, habría tomado parte en la conjuración. Y quién dijo esto del Padre de la Patria al que había hostigado con adulaciones repetidas, ¿pu-

[6] Posada hace notar como prueba conjetural incontestable el llanto de Desideria Meléndez, cuando declaró con excusas, la culpabilidad de su marido. Las lágrimas prueban más que las palabras.

do tentar excusas, tratándose de la sorpresa de Berruecos? La noche de Septiembre y la madrugada de Junio son dos jornadas de la misma tragedia. Las Sombras gloriosas poco después, discurrirían juntas en playas de la inmortalidad: la de Berruecos y la de Santa Marta, pidiendo justicia por lo menos la de la historia. . . .

*
* *

El juicio indagatorio tomaba rápidamente el curso lineal de la verdad, produciendo la consiguiente alarma en los procesados. El mismo Gobierno temía que tan poderosos señores al cabo resultasen comprometidos, para que en definitiva se sustrajesen al enjuiciamiento y a la pena.

Entonces, no tuvieron ellos más recurso que aprovechar de las circunstancias del momento y del fraccionamiento de Colombia, para esquivar la condena.

Escribe el veraz Posada Gutiérrez: "Cuando el departamento del Cauca fue impulsado por los generales Obando y López a anexarse al Ecuador, por una ley, se declararon parte integrante de dicha república todos los pueblos del citado departamento. Bajo este concepto, se eligieron en el Cauca diputados al Congreso del Ecuador, y el General López lo fue por la provincia del Chocó, nombramiento que aceptó, aun que no concurrió al Congreso".

Es de recordar que dicho general, declaró solemnemente que al Ecuador correspondía el Cauca; y que en Bogotá mismo, en su calidad de General en Jefe de la Nueva Granada, hizo presente que no había sido exonerado en su calidad de General ecuatoriano (7)

El proceder de los caudillos del Cauca no obedecía a un motivo de justicia—la de incorporación al viejo Reino de Quito de su más rica e importante porción disgregada por arterías de Jefes y Congresos de Colombia en daño del Sur; sino a las conveniencias del momento, a los de las responsabilidades de que la conciencia les acusaba a propósito de la muerte de Sucre. Partidarios de la integridad del Ecuador no podían serlo, no menos que Obando había reclamado ya al Gobierno del Centro acerca de la posible disgregación de los pueblos del Cauca y de Pasto a favor de la República ecuatoriana.

Se aventuraron López y Obando en reintegrar la antigua Gobernación de Popayán al Ecuador, porque tal medida, aunque quizás venía en provecho de Flores, el poderoso rival, en

[7] Posada, Id. Id.

cambio, les libertaba de los azares de un proceso de enormes responsabilidades, trascendental y solemnísimo.

La entonces llamada anexión del Valle, del Chocó y de Pasto resultaba propiamente una reintegración de la Audiencia y Presidencia de Quito, a la que pertenecían aquellas comarcas. Al disolverse Colombia, era lógico que Quito restableciese su integridad. Si se separaba, no era justo que lo hiciese fragmentariamente.

¿Quién nos dijera a los del Sur que la muerte de Sucre nos trajese esta efímera restitución legal, por mano, en gran parte, de los mismos sacrificadores del héroe de Pichincha?

Entre tanto, el enjuiciamiento por el crimen de Berruecos iría a un rincón de archivo en cualquier oficina de justicia. Entraría, como supuesto delito político, en la privilegiada condición de aquellos no susceptibles de extradición.

Era una tregua del pleito de sangre que había de amontonar más tarde procesos, libros y papeles públicos y sangre y ruinas en los campos de batalla....



Entre tanto, el cadáver de la víctima debía tener la triste odisea de un incógnito, de un desventurado hasta después de la muerte. La viuda, en forma sigilosa, envió criados para la inhumación de los restos. Los trajeron al Ecuador, también a ocultas. Sin duda, se temió el asalto, para que desapareciese hasta el polvo de la víctima. Quizás se procedió así porque además la viuda no creyó prudente la solemnidad de su dolor, cuando ella había reemplazado al glorioso consorte. Algo como eso se adivina en su carta a Obando, talvez no escrita por ella, y cuyos términos de mal gusto y de estudiada intensidad denuncian una pena más bien literaria que cordial. Así, con tan mala fortuna, iba hasta el recuerdo del buen caudillo de Pichincha.

Sus restos se depositaron en silencio en una finca del valle de Chillo. No descansaba el mártir: sólo dormía.

Murió el Libertador y con él Colombia. Lo que vino después para conservarla podía calificarse de incidentes de rápida agonía.

La escena había cambiado. Se levantaba sobre el horizonte el astro ayer opaco de Santander, imperaba el Septem-

brismo al que Obando y López estuvieron cordialmente adheridos, el Dr. Vicente Asuero recobraba influencia sin contrapeso alguno; y era el momento de redondear la Nueva Granada. El Ecuador, la patria de la víspera, no era ya necesaria... sino para recortar sus linderos.

El cadáver de Sucre irá a cargo de su Presidente, Flores.

Entonces fue el conflicto para Obando y López. Despediéndose para ellos el nublado, sus conveniencias personales les aconsejaban retornar a la Nueva Granada, o fundar un tercer Estado con el vasto y rico departamento del Valle, desde los aldeanos de Neiva hasta la frontera provisional del departamento del Ecuador.

En variaciones y expectativas, los dos procesados fueran a parar en Bogotá, donde podía darse fin al proceso de sangre, triunfalmente. Y fue así, pues aquel proceso quedaría muerto por el hecho imponderable de la Comandancia en Jefe del General López en la Nueva Granada y el Ministerio de la Guerra a cargo del General José María Obando.

Eliminado el conflicto de la casi inevitable condena, los generales ecuatorianos Obando y López reaccionaron a favor de la patria granadina. Su situación equívoca obedecía a los motivos del crimen de Berruecos.

Con el partido antibolivarista, dominante en Bogotá, el proceso de Berruecos tomó otro rumbo.

Entonces fue el trámite sinuoso y difícil de desandar lo caminado y renunciar a la ciudadanía ecuatoriana y a los empleos militares de esa República. De ella no necesitaba ya el general Obando. El *podrido* Ecuador, como lo llamaría más tarde, le servirá a su tiempo para concertar los incidentes de la novela de Berruecos, con Flores protagonista.

Así es como se produjo el cambio radical de Obando, a raíz de la declaración de guerra al Ecuador por los poderes del Centro....

La sombra de Sucre, la vindicta de su muerte, seguían actuando en las fronteras de la Nueva Granada y Quito En torno a Berruecos se iba mermando y definiendo la triste e ínfima territorialidad ecuatoriana.

En torno a esa montaña del suplicio, se definía la historia de dos pueblos, para que el menor resultase casi desheredado y hasta con riesgo de mancharse con la sangre del sacrificio.

Habíamos de heredar sí la deuda de dineros que no los conocimos; y tres míseros departamentos de cosa de veinte de la vieja Colombia habían de cargar con la quinta parte de la

deuda.

Y se escribe ¡que la muerte de Sucre aprovechaba a Flores.... y quizás al Ecuador!....

No se puede escribir la historia de hechos supuestos. Pero ¿no será aventura creer que la vida de Sucre vinculado al Ecuador por convicción y sentimiento, nos habría aborrido las menguas e injusticias que, sin él, nos vinieron tan pesadas, en guerra y en paz?

El general Flores sostuvo campaña en defensa de la legitimidad histórica y plebiscitaria de los territorios de más valor y porvenir de la Presidencia de Quito. Al cabo, limitó la defensa a Pasto, naturalmente adherida al Sur y por fin siquiera a los Pastos—al retazo de Túqueres, desde el Guáitara al Carchi....

Qué de incidencias, contrastes y sorpresas de aquella jornada histórica, en la que el mísero Ecuador, desde la tragedia, llegó hasta el sainete de una pseudo-derrota. Entonces fue la traición de Ignacio Sáenz, un militar ecuatoriano que heredó el nombre de Judas. Entonces fué el cuadro de alucinación de Buesaco, la sublevación del batallón Flores y al fin la derrota del General Farfán, sin combate, para una falsa, vanidosa proclamación de triunfo del general Obando.

* * *

Como remate de esta historia funambulesca, se produjo la del levantamiento de partidas fanáticas y de montañeses agueridos, a pretexto de la supresión de los conventos menores de Pasto, sujetos a la jurisdicción episcopal de Quito.

Detalle también del gran proceso de Berruecos esta nueva, terrible lucha, en innumerables encuentros, acrecentó la corriente de sangre cuya fuente arranca de la fatídica montaña....

Los tres departamentos meridionales de la antigua Colombia, desvalidos, traicionados, sorprendidos por sucesos melodramáticos o cómicos, rindiéronse a lo inevitable y hubieron de aceptar la mutilación. La sangre del gran Mariscal no nos había redimido. Suscribióse el tratado de imposición de 1832 sobre la base de la ley colombiana de 1824, la que más tarde sería también enormemente restringida en nuestro daño, en la Región Oriental.

El espectro ensangrentado de Sucre, del que habla el General Posada, se aparecía en aquella jornada militar; y las tropas que después de élla, tornaron a Bogotá, recogieron en el ambiente social y en la conciencia pública de los pueblos del

sur la convicción de que los jefes militares, colombianos ayer, ecuatorianos después y granadinos al fin, fueron los autores y cómplices del drama sangriento de Junio de 1830.

El criterio histórico se imponía, a pesar de que los malhechores poderosos y afortunados lograban el poder, ocupando los altos puestos, desde los cuales podían desnaturalizar los procesos y sembrar mentira en los anales.

Hasta última hora, López seguía con el engaño de su nacionalidad ecuatoriana, no obstante su posición oficial y encumbrada en Bogotá. El que había unido su suerte a la de Obando, llámole, insistentemente, a la capital granadina. El 3 de Mayo de 1831, escribió a su *alter-ego* Obando: "Tu presencia es vital en Bogotá. Todos te desean, todos te aman, todos quieren tocarte". (8)

La omnipotencia de los jefes del Cauca se tradujo en la consigna de que "una discreta y juiciosa política aconsejaba no mover jamás una causa como la de Berruecos, aún en el caso de que hubiera sido cierto que Obando fuese el asesino". (9) Así es como se llegó a amontonar escombros sobre la sangre del héroe, y se decretó por el Congreso de la Nueva Granada en 1832 una amnistía que comprendiese también, como si fuese político, el crimen de Berruecos....

Mas la Sombra no estaba bajo tierra y perseguiría a los malhechores a través de más de un siglo, y seguirá su campaña de silenciosa vindicación contra los falsificadores de la historia y los sepultureros de la justicia.

* * *

Las tinieblas del olvido iban cerrándose sobre el héroe. Los libertados habían perdido la memoria de los libertadores. Bolívar muerto no había tomado la senda que le condujese a su querida Caracas, a la que legó su espada y sus cenizas Doce años de otra muerte, con pesadumbre de plomo....

El cadáver de Sucre fue arrancado de la capilla donde se le depositó cautelosamente. Y de la misma manera, para mayor olvido y en secreto, fue trasladado el cadáver viajante a la ciudad de Quito, a un convento de religiosas carmelitas, a quienes se encargó la custodia y la reserva. Cuenta una testigo

[8] Esta y otras cartas pertenecen al archivo Flores que posee hoy el Dr. Jacinto Jijón Caamaño. Debo la lectura a la gentileza del Dr. Alfredo Flores Caamaño. En ese archivo, se incluyen muchas cartas sobre la doble y simultánea nacionalidad del Gral López

(9) A Flores, El Gran Mariscal.....

que la viuda iba al templo del monasterio para llorar por el muerto, enterrado allí junto con su única hija, muerta también, para que nada quedase de él.

Entre tanto, la sombra augusta no yacía en paz; los poderosos que habían muerto al héroe no podían tampoco descansar en paz. En los mismos aledaños de Berruecos, el índice acusador señalaba al reo. Años se habían amontonado para aplastar la justicia, se habían quemado los procesos, había crecido la leyenda de responsabilidad de personas extrañas al crimen. Pero la pupila de fuego de la conciencia perseguía a Caín, desde el fondo de la noche del recuerdo. La sombra del héroe despertaba.

Un día, con motivo de las alteraciones civiles tan comunes en la entonces Nueva Granada, una comisión de Gobierno invadió la célebre montaña vecina a Berruecos para residenciar a Erazo, el mismo que hospedó a Sucre en 1830. Se había ordenado el apresamiento de Erazo como a cómplice traidor, en connivencia con el viejo guerrillero Noguera.

La comisión militar, apresando a Erazo, en vez de lograr el objeto propuesto, fue sorprendida por la revelación de éste y de la Meléndez su mujer, quienes supusieron que el motivo de la persecución a Erazo fue su complicidad en el asesinato del gran Mariscal. Y para excusar a aquél, pusieron de manifiesto cartas de Obando y de Mariano Antonio Alvarez, que ordenaban el crimen y comprometían como a ejecutor principal a Apolinar Morillo. (10)

La revelación produjo el efecto de una centella en cielo de verano. El Gobierno estimó como caso fatal el descubrimiento, que complicaba desastrosamente la delicada situación de entonces. La sombra de Sucre resultaba el intruso, en el conflicto de la hora.

Se reabrió el proceso, y hubo de entregarse el general Obando a la justicia, para el enjuiciamiento ante su juez natural, en Pasto, ciudad donde ejercía omnipotencia desde años atrás.

Aún así, las pruebas resultaron comprometedoras y Erazo sostuvo los cargos contra Obando, ante el silencio y confusión de éste. Morillo capturado oportunamente, confesó, en forma constante e indeclinable, su responsabilidad y también la de Obando, adivinándose en último término la de López.

[10] Posada, Ob. cit.—A Flores, Id.—Mosquera, Examen crítico—Irizarri, Historia crítica.



La justicia se abría camino. La República, a la manera de Hamlet, en trance como de locura, fresca aún la gloria del héroe sacrificado, instaba por la venganza.

El mal curso que llevaba la causa y las condescendencias del Gobierno, sobre todo del General Herrán, determinaron la fuga de Obando, quien se lanzó a la revuelta, para defender con las armas lo que no podía rescatar ante los jueces. Sangrienta la guerra e implacable la matanza en esa campaña de desesperación. Obando vencedor exterminó a los vencidos; y vino el caso rarísimo de que atacase a Popayán y a su presidio, y en él combatiese contra Obando el propio Apolinar Morillo, quien temía a Obando más que a sus jueces.

El vencedor impuso a Morillo la desautorización de su declaración primera, la que más tarde debía ratificar en la solemnidad del trámite procesal definitivo.

Después de fortunas y reveses, el terrible guerrillero del Patía, el devoto hasta el fanatismo del Santo Cristo del Timbío, el amparador de los frailes relajados de los conventos menores de Pasto, se puso en cobro, por la ruta oriental del Putumayo, para situarse en el Perú y pasar luego a Chile (11).

Las escenas del drama se sucedían vertiginosamente, amontonándose expedientes, libros y recriminaciones. Un partido, como lo declaró Posada Gutiérrez, solidarizó su causa a la de Obando y se multiplicaron los argumentos, las leyendas, las tergiversaciones, para desnaturalizar los hechos, con infracción de la lógica y violación hasta de los dictados del común sentido.

El enjuiciamiento iba cobrando extensión incalculable hasta abortar el trámite judicial y fatigar la prensa en libros y folletos. "Si se hubiera tratado de un desvalido no habría tenido el expediente más de 100 páginas... y llegó a tener 1902 porque en él se hallaba comprendido un hombre poderoso y afortunado", como se calificaba Obando.

El proceso de justicia militar siguió el curso hasta su término en Bogotá, y se llegó a la sentencia de muerte contra los reos. Obando andaba prófugo, Sarria había sido indultado, Erazo pagaba otra pena en los calabozos de Cartagena, Alvarez había muerto; los tres soldados ejecutores acabaron mis-

(11) La evasión de Obando obedeció al temor de un resultado fatal para él, en el careo con Erazo que debía verificarse tres días después de la fuga de aquél. La fuga del reo confirma su culpabilidad, apunta fundado en leyes vigentes y en la jurisprudencia universal, D. Antonio Flores, en su hermoso libro de defensa de su padre.

teriosamente a raíz del crimen de Berruecos. No quedó sino Morillo para el castigo.

Se pidió su indulto, por los mismos motivos con que se lo concedió a Carujo, uno de los malhechores del 25 de Setiembre contra Bolívar. La mayoría del Consejo de Ministros opinó por la negativa. El indulto podía interpretarse como premio a un correo, que pudiese ser tildado de delator y traidor. Morillo, antes de ser ejecutado, dió un manifiesto declarándose culpado, justificando en absoluto al General Flores y perdonando al General Obando que le ordenó la comisión del atentado. El manifiesto lo ratificó de palabra, momentos antes de morir. (12)

* * *

Seguía acrecentándose el raudal sangriento. Era preciso “vadear arroyos de sangre, apartar espectros y evocar la sombra de los muertos”. [13] Continuaría aún la gran tragedia. Uno de los escritores y polemistas de élla ha podido estampar: “una parte no pequeña de la sangre derramada en la Nueva Granada durante veintidós años se debe al crimen de Berruecos”. (14)

El motivo, la incorporación de este crimen a las responsabilidades de un partido, del llamado liberal, desde los orígenes de la primera patria. Así lo declaró D. José María Samper; y en esta condición se estimó como un caso de delincuencia colectiva, que determinaría la precisión de “llevar al banco del acusado a más de treinta personas”. El mismo Morillo indicó que los disparos de su fusilamiento en Bogotá llegarían a los oídos de muchos de sus cómplices.

Como largo epílogo del famoso crimen, vendrían nuevas campañas y la larga de acusaciones y defensas: los libros de Mosquera, de Irizarri, de Obando y de su letrado defensor Cárdenas: una biblioteca, que más tarde se multiplicaría enormemente, y en la que la delincuencia, en procedimiento vario y sinuoso, procuraría entenebrececer los hechos, complicar los incidentes y acusar, en vertiginosa versatilidad, a diversas perso-

[12] Posada id. id., p. 95—Véase además la obra máxima de Pérez y Soto, *El asesinato de Sucre*, igualmente que el opúsculo y libro del P. J. M. Leguir acerca del célebre crimen.

(13) Posada—Id

(14) A Flores—Ob. cit.

nas, escogiéndolas entre los habitantes del Sur, de los departamentos de la República Ecuatoriana, a la que se intentó traspasar la responsabilidad, vaciando sobre ella la sangre del Mariscal. Esta otra deuda había que poner a cargo del Ecuador.

Para dar una conjetura de su participación en el atentado, la crítica recordó que en 1832, a raíz del primer proceso, se verificó la entrevista de Obando y Flores, motivada por las divergencias territoriales del momento. Aquella entrevista se cerró con un signo de admiración de los que celaban la inocencia del Ecuador y de sus mandatarios, y con un signo de interrogación de parte de los que dudaban acerca de la génesis del crimen.

La razón de Estado explica aquellas condescendencias, aun estando de por medio un cadáver ilustre, que seguía actuando en la historia.

La tenacidad, justa desde luego, del General Flores para rescatar Los Pastos a favor de nuestra república, da la clave de aquellas malaventuradas inteligencias, que ni siquiera resultaron eficaces, precisamente por la deslealtad de Obando, cuyas misivas denuncian la doblez del antiguo general ecuatoriano y granadino, en definitiva.

*
* *

El proceso que motivó las revoluciones de Obando de 1830 y 1839, culminó en las de 1840 y 1841. ¡Qué de encuentros y combates y torbellino de venganza! García, La Chanca, Riofrío, Tescuá, Polonia, Buenavista, La Laguna, Taíndala, El Ejido de Pasto, Yacuanquer, Huilquipamba.... Los campos cubiertos de osamentas, sobre los que, en la noche, vagarían las sombras vengadoras, presidiendo a todas ellas la del Mariscal.

En la tenaz y dilatada campaña de 1840 y 41, fue el auxilio militar del Ecuador, que en persona dirigió el General Flores. Este intervenía además en vindicación de su inocencia, procazmente comprometida por Obando.

El Gobierno granadino creyó poco antes que el ecuatoriano podía asilar a Obando, y en este supuesto, amenazó con declaración de guerra al Ecuador. Detalles casi incomprensibles de una política novelesca, que tenía de sainete lo que le sobraba de tragedia.

Flores además tomó sitio en la campaña granadina, merced a la promesa de restitución del cantón de Túquerres, última tabla que intentaba salvar entonces del naufragio de la

territorialidad ecuatoriana. Luego fue la acción de Huilquipamba y la desaparición de Obando, que tomaría el camino del ostracismo.

Flores triunfador se restituyó mas acá de las fronteras, sin obtener reintegración alguna, sino unos decretos de simple literatura oficial de honores para él y su ejército y de gratitud a sus servicios. La gratitud, en lo internacional, carece de realidad.

El malhadado proceso de Berruecos se ingería en nuestras relaciones exteriores, con tan poca fortuna, que en verdad el perpetuo olvido del drama sangriento nos habría ahorrado quizás menguas, desperdicios y sorpresas que estorban en nuestra pobre historia.

* * *

¿Vendría al cabo el silencio? ¿La sombra vengadora se restituiría al inevitable olvido de sus agravios? ¿La paz de los muertos se lograría al fin, para la quietud de los vivos?

No fue así. La pluma entonces, con más vehemencia que la espada, comenzó una larga campaña: la de Obando en el extranjero, la de Mosquera que le recriminaba, la de Irizarri que restablecía los hechos y aplicaba el cauterio de la crítica histórica y judicial, dejando el documento definitivo, a modo de sentencia inapelable.

Pero el partido, al que se había incorporado Obando, le respaldaba. Aquel general, heredero de la espada de Santander, inteligente, valeroso, dominador, astuto, casi irresistible por la fascinación del mal, era en realidad uno de los eficaces creadores de la Nueva Granada después de la dispersión de Colombia. Los *monstruos del Cauca* de que habló Bolívar y a quienes fustigó con acerbidad lírica José Eusebio Caro, debían al cabo presidir en la mayor de las repúblicas organizadas sobre las ruinas de Colombia. Así se explica el que personajes de integridad como Murillo, Núñez, Samper, y repúblicos impresionistas como Isaacs, pretendiesen la inculpabilidad de Obando. El era su hombre, un ilustrísimo matón de las primeras guerras, un bravo a la usanza de las repúblicas italianas de la Edad Media, un condottieri, adelantado a guisa de los modernos. Poderoso y afortunado, en vez de subir las gradas del patíbulo, había de empapar en sangre los campos y cubrirlos de huesos humanos....



*
*
*

El principal adversario del hombre de Berruecos era el General Tomás Cipriano Mosquera, pariente además de Obando, en torma tortuosa y siniestra, que quizás motivaba la inquina de Mosquera.

La política como de novela de folletín, en algunas de nuestras repúblicas, produce tales cambios y mudanzas, que no se compadecen con los dictados siquiera de una lógica primeriza y vulgar. En la comedia política, rara vez los personajes mantienen los caracteres, y en veces se reduce el drama o comedia a un juego de disfraces y a escenas de fantoches, que no darían interés sino porque a ellas se mezclan los hechos de sangre y las ferocidades del bandolerismo.

El General Mosquera había de mudar la faz y la epidermis; y olvidados los libros contra Obando y las campañas de veinte años, descenderá al mismo plano del terrible guerrillero del Patía. Y éste, colega ya del antiguo adversario, se pondría al frente de una partida armada que sostuviese las posiciones de su antiguo enemigo.

Entonces fue la escena final. En ella aparece la Sombra inevitable tras las nieblas de una planicie andina, cerca de Bogotá. Vendría la expiación, aunque tardía, tremenda. Una sobre mil veces, se cumpliría la sentencia del profeta S. Juan—con sangre se paga la sangre

Y ¡asombrosa coincidencia! un deudo del General Sucre, que llevaba además el mismo nombre del héroe, Antonio José de Sucre, presencia el castigo. El nuevo Sucre es un sacerdote, capellán de ejército. Llega para perdonar, y llega tarde....

Oigamos su palabra:

"En calidad de Capellán del Ejército nacional, me encontraba en el campamento de Subachoque el 29 de Abril de 1861, día en que el desgraciado General Obando intentó reunirse con las fuerzas revolucionarias de su antiguo enemigo el General Mosquera, acorralado en sus atrincheramientos, por consecuencia del tremendo choque del 25.

"Destacada una columna de infantería y caballería, al mando del entonces Teniente Coronel Heliodoro Ruiz, con el objeto de impedir la proyectada reunión, invitóme ese hidalgo Jefe a que le acompañase, para salvarle la vida al *dichoso* Obando, en previsión de su indefectible derrota.

"Apresuréme a aceptar invitación tan conforme con mis deseos y sentimientos; pero a despecho de nuestros esfuerzos en

ese sentido, cuando pudimos incorporarnos en el Escuadrón de Caballería que perseguía a los fugitivos, acababa de caer de su cabalgadura el infeliz Obando, muerto instantáneamente por un golpe de lanza. Impresionado dolorosamente por este espectáculo, increpé con acritud al pequeño grupo de dragones que se hallaba junto al cadáver, enrostrándoles lo que creía cruel e innecesario abuso de la victoria. Contestóme uno de ellos, apoyado por el testimonio de sus camaradas, que había alanceado al occiso, sin saber quien fuese y obligado por la dura ley de la guerra, toda vez que el fugitivo rehusaba rendirse y persistía en su acelerada carrera, no obstante reiteradas intimaciones.

“Junto al cadáver del desdichado cómplice de Mosquera, yacía mal herido su Secretario, el Dr. D: Patrocinio Cuéllar, a quien como era natural, consagré de preferencia todos mis cuidados, ordenando previamente que se retirase el cuerpo de Obando, para que se le diese decente sepultura”....(15)

Así terminó el famoso caudillo del Cauca, que para morir, según el expresidente Suárez se había reconciliado con Mosquera, a la manera de aquellos jueces de Jerusalén que condenaron a Cristo. El Cristo era la Patria de ellos. [16]

* * *

Los restos del grande hombre tendrían también larga y complicada historia.

Parece que el secreto de su tumba guardó la viuda, por diversos motivos. Desde luego, ella no conservó la viudez que cumplía a la esposa de un héroe trágico e ilustre. Además, la rudeza de los tiempos, el odio implacable de una política de sangre a un lado y otro de la frontera septentrional, la enemistad del General Barriga—que había unido su suerte a la de la viuda de Sucre—, con el General Flores y la ingratitude de los pueblos libertados para con los libertadores, en la época subsiguiente a la emancipación; explican el que se fuese hundiendo en la penumbra del recuerdo hasta el lugar donde reposaban los restos del infeliz caudillo.

(15) Soledad Acosta de Samper—Biblioteca histórica.

(16) “¿Creerá el mundo, creará la posteridad que estos dos prohombres de nuestra tierra, que tan cruda guerra se hicieron y tan mal se trataron, nadando en lagos de sangre, se unieran después para cometer el grande e irreparable crimen de derrocar al Gobierno legítimo....?” Posada—Ob. cit. t. II. p. 249.

Cuando Bolivia los reclamó como patria de adopción, la Marquesa viuda negóse a entregarlos al Sr. José Ramón Sucre, comisionado del Presidente Ballivián. La Señora sostuvo la preferencia de su derecho, en bien así mismo del Ecuador, no sólo tierra de predilección y sede de amor del egregio Capitán, sino albergue de sus despojos, tardíamente reclamados.

Restos de luctuosa historia y de epopeya dolorosa... "Echados en el fango, ungidos con la propia sangre, sepultados de prisa, profanados por la perfidia enemiga, triunfante el crimen; escondidos, ocultos, buscados con afán, como desaparecidos para siempre" [17], aguardaban el final de un siglo para algo como una resurrección.

Perdióse casi la memoria de su paradero. La Marquesa no duraría los años que se le prometían, tampoco su nuevo consorte, ni aun el hijo único de sus segundas nupcias. Ibase amontonando la sombra sobre la casa, sobre la ciudad, sobre el recatado sepulcro de la víctima.

El culto a los mártires y los héroes despertaría en otras generaciones. La inmediata a ellos apenas conservaba el recuerdo, y los primeros cronistas esbozaban solamente los acontecimientos y los retratos de los próceres. La documentación se confundía en la tumba de los archivos y los países nuevos casi desconocían la religión de la gratitud. La libertad les había embriagado... y dormían.

A los cuarenta y seis años, reclamó Venezuela las cenizas del segundo de sus ilustres caudillos. Nadie daba noticia del sitio del último reposo de Sucre. Los de su afinidad en el Ecuador habían desaparecido. La última luz languidecía en un claustro....

Vendría luego a Quito a reclamar vehementemente el mismo Capellán y sobrino Presbítero Antonio José de Sucre, que hubo de despedirse, relampagueando quejas contra el ingrato Ecuador—cabeza de turco de las hermanas de independencia.

El virtuoso General ocultaba sus despojos, como que los defendía de su propia nación. Muerto, debía quedar aquí, como quiso quedar aquí, en los breves días que le permitió la ferocidad de compañeros de espada y de constructores de teatro político, que no perdonarían la gloria del vencedor de Pichincha y Ayacucho.

El día centenario del nacimiento del hijo predilecto de

[17] González Suárez—Oración tenebre...

Cúmaná, no pudo, en el panteón nacional de Caracas, registrarse el nombre de Sucre sino sobre una placa de mármol... En los dilatados homenajes de 1895, el solemne poeta venezolano Jacinto Gutiérrez Coll martilló sobre yunque sonoro sus sonetos: "Sin tumba"....

Los más suspicaces adivinaban allí un reproche al Ecuador. Pero ¿no eran también venezolanos, muchos de los actores de nuestra primera historia? ¿El olvido no era también pecado de Venezuela?

Sabíamos, en cambio, que la hidalga ciudad de Quito era la tumba del egregio varón, y que un hado a nosotros favorable esquivaba el hallazgo de los restos venerandos, para que nadie se los disputase al Ecuador....Eran nuestros, por consanguinidad espiritual y adopción de amor.

* * *

Con la lentitud con que vienen los esperados sucesos, al finalizar el siglo XIX, fue el descubrimiento de los restos del grande hombre. El cadáver incógnito se reveló a la gratitud del Ecuador, para que éste, venciendo rivalidades más o menos justas, fuese al fin dueño del tesoro. El desventurado Edipo no tendría tumba en la tierra natal, sino en la de su elección.

Desde 1894, se sabía ya, por discretos varones, el depósito de los restos de Sucre en el convento del Carmen-bajo de Quito. Y el caso se evidenció, por intervención del Ilmo. Obispo de Ibarra Señor González Suárez, quien lo comprobó por testimonio de la Priora del Monasterio Doña María Jamesson, anciana inteligente y bien enterada de los antecedentes (18).

A aquel monasterio habían pertenecido dos Señoras Carcelenes, tías de la esposa de Sucre. A ello se debió el que los codiciados despojos fuesen a reposar en una bóveda de aquel convento.

El hallazgo resultó fácil y la comprobación legal y pericial evidente.

Sucre, en sus cenizas, reaparecía a los setenta años. El Gobierno, presidido entonces por el General Eloy Alfaro y el

(18) Eran dos las religiosas carmelitas, hijas del naturalista inglés Mr. Jameson y de una señora Sánchez de la Flor, y por ello primas de mi madre y del Ilmo. Sr. Toral y Sánchez de la Flor, quien distinguía a sus parientas, las monjas citadas, por su virtud y talento.

pueblo del Ecuador dieron al acontecimiento la importancia de un triunfo nacional; y la simpatía por el mártir creció para culminar en cultos patrióticos, que perduran y seguramente se repetirán hasta cuando exista el Ecuador.

En 1900 fué la solemnidad oficial, y se pronunció en la Catedral de Quito la oración fúnebre por el orador sagrado más ilustre de la América Latina, entre los que ensayaron acomodar a la oratoria española la manera solemne y en veces sublime de los maestros franceses del gran siglo.

El memorable discurso del Ilmo. González Suárez expidió el veredicto, desde la cumbre de la cátedra levantada en el templo. El famoso historiador, en cuadros de majestad y de gran espectáculo, interpeló a los manes de la víctima, y declaró que sus huesos habrán profetizado y dirían la verdad, por boca del orador profeta.

Quien haya estudiado, como el que estas líneas escribe, la intimidad del ilustre prelado, ha de fiar en su palabra, que no salió afuera con la más leve nota de falsía. La austeridad del analista no se detuvo jamás ni ante la mentirosa fama de los muertos, ni temió entregar a la publicidad la ocultación del delito.

“El desgraciado autor del crimen de Berruecos habrá tomado unos cuantos soldados, y, de soldados habrá hecho, no diré verdugos, sino asesinos.—A esos asesinos les dió la merced o soldada con el dinero de la República de Colombia, empapado en la sangre de Sucre; y aquellos miserables hubieron de saciar su hambre con el pan de la afrenta y del crimen.... Poco después, en hora oportuna, no faltó otra mano mercenaria, que derramara veneno en la comida de ellos! ¡Fueron eliminados!... La opinión pública fue extraviada adrede; una juventud que se había lanzado prematuramente a la arena de la política, gritaba que estaba sirviendo a la Patria cuando arrimaba su hombro para encumbrar al solio presidencial a cierto desventurado, que merecía el patíbulo....”

Como un juez de muertos, en nombre de los huesos presentes allí, frente al cráneo horadado, el orador, el historiador, decía la palabra de verdad; y muchos de los que le oían—cómplices de imposturas y versiones calumniosas—hubieron de aplaudir al oráculo, o callar al estallido del trueno—el de una como sentencia.

El partido político que vinculó a la causa del Jefe del País su nombre y su prestigio escuchó al fin el fallo de imparcialidad de un príncipe de la Iglesia que abominaba de los partidos, sin que ninguno le mereciese acaso ni misericordia.



El pleito de Berruecos prosiguió, con argucias más fáciles, a medida que nos íbamos alejando del año terrible—1830.

Vivo el partido que tomó a su cargo echar sobre el Ecuador el crimen, en este país también algunos de los que vinculan la Patria a una facción, encargáronse de comprometer a Flores y absolver a Obando. Este sentó la disyuntiva: o Flores u Obando. Era el postulado de bandería, sin término medio.... [19]

Don Pedro Moncayo y algunos de sus satélites ecuatorianos fiscalizaron a Flores, con el argumento tan pobre de que a este aprovechaba la eliminación de Sucre.

La política liberal ecuatoriana casi ha sido copia y traslado de la de Nueva Granada y Colombia; y los estadistas y caudillos de izquierda del Ecuador han tenido puesta la mira en los modelos del norte: los liberticidas de Septiembre—Vargas Tejada, Florentino González....; los de lanza y cachiporra—Obando, López, Tomás Cipriano Mosquera; los hombres de Estado—Murillo Toro, Santiago Pérez, Uribe Uribe....

Moncayo no acertó la posición honorable de crítico de historia; y su criterio de pasión hubo de pasar a algunos secuaces y al fin al General Alfaro, quien impuso al poeta N. A. González la redacción de una novela, que más tarde, por noble dictado de su conciencia, hubo de rectificar. Este cliente de los *gólgotas* de Colombia seguirá sirviendo de autoridad a los abogados de la causa nacional-liberal de allende el Carchi... ¡*Res miranda!*

El *cui prodest*—argumento Aquiles de estos letrados obra contra su tesis. Sucre no fue adversario de Flores, ni la misera Jefatura del Sur merecía la ambición del vencedor de Ayacucho, personaje a quien correspondía la de Colombia, y

(19) El odio a Sucre, era extensión del odio a Bolívar. Después de su proscripción, es hecho averiguado que el partido llamado entonces liberal denostaba implacablemente al Libertador. Los herederos a título universal y sin beneficio de inventario de los liberales capitaneados por Santander y Azuero han conservado siempre oculto rencor contra el Padre de la Patria. La hipocresía explica los cultos que se le rindieron y se le rinden incondicionalmente ahora al Genio americano por los hombres de la facción que abominó del sistema y de la actuación política de aquél. También en el Perú ha acontecido lo propio; y se ha oído en veces cómo algún descendiente de los magnates de la colonia tildaba de *zambo* y *tirano* al redentor de cinco naciones. Cuando su final despedida de Bogotá, los pilluelos lanzábanle apodos de menosprecio. El verdadero pueblo de la cultísima Colombia ha procedido, en verdad, de manera distinta de la de los enconados banderizos que forman excepción, ventajosamente.

no la de unos departamentos pobres y desvalidos, que a juicio del mismo Obando, no debía aceptarlos la Nueva Granada ni como anexos (20).

Cuanto al pueblo del Ecuador, la vida de Sucre importaba la de un protector. Aunque retirado de la cosa pública, como en vísperas de Tarquí, él habría presidido nuestra defensa e integridad al Norte como al Sur. Nadie dudaba de ello aquí.

Y Flores mismo habría cobrado mayor importancia y fortaleza con el prestigio de su amigo el Mariscal, cuya alta posición militar, política, económica y doméstica habría influido decididamente en la organización de la nueva república.

No era Flores persona que desconociese las situaciones y la superioridad hasta de sus rivales, como lo probó al entregar el poder a Rocafuerte y aun al retirarse vencedor en 1845, dejando el poder al nacionalismo patriota.

La muerte del Jefe previsto para sucesor del aborrecido Bolívar, a los furibundos enemigos de éste interesaba. Antes de eliminado, pretendieron asesinarle moralmente, acusándole, por boca de Obando, de traidor a Colombia y proyectista—; el vencedor en Tarquí!—de cesión de los departamentos meridionales al Perú; esos tristes departamentos que en 1828, por voluntad de Obando y López, debían entregarse al Presidente Lamar hasta el Juanambú, límite de la conquista incaica. (21)

¿A quién aprovechó la muerte del Mariscal? A vivir él, quizás no hubiese sido mutilado el Ecuador, ni López y Obando habrían ocupado la silla eminente que honró el genio de Bolívar.

* * *

Ni ante la evidencia se rinde el *servum pecus* del partido. Y al fin, la ficción produce algo como un convencimiento y un misticismo a la inversa: aquel de la mística diabólica, que en veces comienza negando la existencia del diablo.

Se ha menester, en verdad, una cerrazón total de exégesis, para prescindir de la lógica en el examen de la delin-

(20) Escribió Obando a Santander:

“Qué ocurrencia de los podridos ecuatorianos agregarse a la Nueva Granada. Dios nos quite semejante cáustico de la nuca” V. *Pleito Secular*—Sus proyecciones al Norte por R. C. T. Revista de la Universidad de Cuenca—1926—Abril.

(21) “Ruego a Ud., a nombre de la República y de la humanidad que no detenga sus marchas hasta ocupar el Juanambú”.—Obando a Lamar, Guafara 29 de Dbre. de 1828.

cuencia. Con este fin, se llega a prescindir de la reconstrucción del hecho punible, y se lo desnaturaliza, con el objeto de llegar a conclusiones *ad-hoc*.

En esta forma, los amigos de la causa han venido rectificando los sucesos, para desviar el criterio de la historia.

Hombres de esta laya son los que, a los veinte siglos, discuten la existencia de Cristo, sus milagros y resurrección.

Se explica que la rebeldía racional se incline a la negación de hechos sobrenaturales. Pero sólo la mala fé explica las curvas por donde la simpatía sectaria se precipita, con el objeto de lograr la absolución de crímenes indiscutibles y de responsabilidades ejecutoriadas. (22)

Un escritor colombiano de tenacidad heroica se impuso la tarea de casi toda su vida—que fue larga—de poner en luz plena los antecedentes, concomitancias y prolongaciones del drama de Berruecos. El Sr. Pérez y Soto, un benedictino de la historia republicana, logró, a costa de grandes sacrificios y dinero, juntar los documentos originales del gran proceso.

Lanzó, a modo de preludio, su folleto *¡Berruecos!*, con portada de salpicaduras de sangre. Aparecería el libro definitivo, copiados en fotografía los documentos irrefutables, contra los poderosos y afortunados Jefes del Cauca.

Fue en la presidencia del eximio católico don Marco Fidel Suárez.

Vino el revuelo en el partido, en el que Obando, sobre todo, venía a representar algo como el super-hombre.

A su vez, los prestigiosos descendientes del General José María Iragorri (Obando) sintieron el aguijón que debía esquivarse con ardor y a todo trance. La *gens*, la parentela se organiza en línea de batalla.

El Jefe del partido liberal, General Benjamín Herrera, a guisa de santón musulmán infalible, decreta la inocencia de los Generales del partido, los de las entretelas de su corazón.

Y por fin, el pudor nacionalista extendió influencias en el bando conservador y en la mente, o más bien en la sensibilidad morbosa del Presidente Suárez.

Fue el curiosísimo incidente de perseguir a Pérez y Soto, a fin de incautarse de la documentación y sobre todo del *Archivo Santander*, que lo había adquirido a título oneroso. Se invocó el pretexto de que documentos originales de histo-

(22) Publicaron los diarios en aquel tiempo las palabras del mismo general López contra Obando (proclamado Dictador por Melo), de quien decía: "Asesino talvez del Gran Mariscal de Ayacucho". A. Flores. Ob. cit. 164.



ría nacional no debían salir al extranjero. Pérez y Soto iría a Europa a editar sus libros, y convenía obstar en lo posible esa publicación.

El caso psicológico del Presidente Suárez merece estudiarse. Gran literato, estilista de amenidad y tersura, gramático perfecto, no posee siempre la visión clara de las acciones humanas para apreciar su lógica, guiada en él por un criterio casuista y peripatético, que corresponde quizás a su mal digerida teología. Este su carácter no pudo salvarle en incidencias y reveses personales de su jefatura de Estado.

En *Sueños*, libro de sabrosa lectura del insigne lingüista, leemos las diversas conclusiones jurídicas del expresidente conservador, devotísimo, eso sí, de sus adversarios políticos más o menos definidos Murillo y Núñez—el *Nonio*, compañero de *Grocio*, en los áticos diálogos de Luciano Pulgar.

Escribe Suárez, "La confesión de Morillo ha sido el ariete *escolástico*, el argumento toral contra el Presidente de 1854. Deben explotarse cuantos argumentos brindan la lógica y la historia. . . . para dejar sin responsabilidad el crimen de Berruecos".

Antes había escrito: "Esto pide Colombia, esto Venezuela, esto la América Latina (no se mienta al Ecuador), que deben mirar bien la espontánea hipótesis que desvía de Obando y de Flores la acusación monstruosa, para *dispersarla* al viento, contra un *homicida innominado y desconocido*".

El delicioso sofista, en los párrafos transcritos, intenta remitir al juicio sin juicio el hecho desfigurado por maliciosas interpretaciones, falsos testimonios y fábulas de invención leyendaria. Curiosa manera de hacer historia.

Pero el mismo dialogante, con versatilidad griega, apunta: "Nosotros, en treguas fugitivas. . . hemos creído a veces hallar explicación (la del crimen de Berruecos) a la orilla del Guáitara (de lado del Ecuador. . . .) de donde acaso hubiera podido partir el golpe, pero en forma *innominada, desconocida, oculta, impersonal*, imposible de determinar, y tan *indiferente* para la historia, que ésta pudiera explicar la muerte del héroe, como si el *rayo la hubiera causado*, o cualquiera otra *fuerza ciega* de la naturaleza". [23]

¿Habrás visto versión más capciosa, modelo de equilibrio, en el baile sobre una cuerda? En verdad que la literatura puede servir admirablemente en los casos jurídicos y en la defensa de culpabilidades y complicidades. Solamente en *sueños* se puede tejer una trama tan sutil como la de las cláusulas

[23] *Sueños* t. IV.

anteriores. Parece que al distinguido orfebre de la frase no le sirvió, en la defensa de la persona, su táctica de casuista d propia invención y poca utilidad.

*
**

Los de izquierda habían de insistir en otra forma de reconstrucción del crimen.

Detalle de lo más repugnante en este proceso de dolor y de infamia, es el que apuntó ya en su descargo el mismo Obando. El General Barriga, segundo esposo de la Marquesa de Solanda, habría quizás determinado la muerte de su rival; que Barriga debió de ser, desde atrás, amante de la señora Carcelén.

Sobre esta conjetura se ha venido haciendo la famosa novela de folletín, que en los últimos años, ha trascendido a centros diplomáticos de Bolivia, Río Janeiro... allá donde diplomáticos colombianos del partido han podido recoger documentos y datos en conversación más o menos maliciosa.

Se ha recordado ya el libro de N. A. González. Aquel novelón de ingrato recuerdo carece de valor alguno. Amigo del malaventurado poeta, supe muy de adentro como los poderosos implacables le impusieron escribir con datos falsos, pseudo-documentados. El escritor que conoció después el engaño de que había sido víctima—sin solicitud alguna, sin más presión que la de su conciencia, desautorizó su libro. El pertenece más bien al cuerpo de pruebas en contra de los asesinos del Patía.

La traición de la Marquesa a su esposo; el asesinato de su hija legítima, el concierto tenebroso del General Barriga y de la Marquesa para enviar al pastuso Coronel Guerrero a matar a Sucre; la complicidad de Flores, inexplicable tratándose de servicio infame a favor de extraños que lo aprovecharían; la invención de la carta de Flores a Gamarra... todo ello comprende un tejido sensacional de drama inverosímil, hasta para un caso de invención literaria del período ultra romántico.

Barriga o Flores, o ambos de acuerdo, forzosamente debieron tocar con Morillo, Erazo, Sarria... para ejecutar el atentado. Aún más, para ello, tal como apunta Posada Gutiérrez, nada podía llevarse a cabo sin intervención de Obando, señor absoluto del territorio. (24) ¿A que recurso no se ha

[24] Memorias t. II.

acudido para rescatar la memoria de los malhechores?

Se llegó hasta suponer que el enjuiciamiento y la ejecución de Morillo fueron una farsa y que se jugó con el patíbulo, la única vez en la historia de todas las naciones y de todos los tiempos. Resulta que hubo hombre que se resignó al martirio, no por servir a Dios, sino a las pasiones de los hombres. Los Arzobispos Herrán y Mosquera, los honorables jueces, el benemérito Coronel Paris, tanto ciudadanos de honor y de bien concurrieron a forjar el crimen y ejecutar a un supuesto delincuente: no siquiera para salvar a la Nueva Granada de una mancha, sino para quitarla de la frente de un magistrado de país vecino o limpiar de culpa y pena a una mujer, como la madre de Hamlet....

* * *

¡Mil veces desdichado Mariscal! Su Sombra no acaba la peregrinación. En vano los asesinos cayeron bajo la venganza del Cielo, probado el crimen con el castigo más solemne: el del juicio de Dios en el mundo.

Precisamente, en el primer centenario del asesinato de Sucre, en la Academia de Historia de Bogotá, volvió a promoverse el debate, actuando como principal el Sr. J. M. Saavedra Galindo, al que favorecía nutrido auditorio del partido. El audaz ponente declara: "La ilación de Berruecos nace de Quito y no de Bogotá". Ello se debe a que el hogar del Mariscal se había infamado por el adulterio... La Marquesa de Solanda dió a luz un niño, sin haber vuelto a ver a su esposo, que no la dejó en cinta y antes del cabo de año del asesinato de Sucre, y se casó después con su amante el General Barriga, a quien antes de casarse, se le cayó de las manos, en un balcón de una casa de Quito, la niña Teresa, única hija legítima de Sucre...." (25)

A este grado llega la virulencia de la pasión política. Para justificar a un colombiano de los de la causa, se sacrifica a otro colombiano honorable, el que con la vehemencia de la inculpabilidad, protestó contra las primeras maliciosas suposiciones del General Obando. (26)

[25] El Libertador—(Debate en la Academia colombiana de historia).

(26) En el debate de la Academia Colombiana de historia, opusieron argumentos en contra de la tesis de Saavedra Galindo otros académicos y en especial el distinguido General Monsalve, autor de la magnífica biografía del mártir quiteño D. Antonio Villavicencio.

El diplomático colombiano Max Grilo fundó la supuesta traición de la Marquesa en el testamento de su primer esposo, testamento en el que declara, como debía declarar y entonces era de estilo, que no podía tener hijo póstumo.

El inteligente y plenamente documentado Don Alfredo Flores y Caamaño, en un libro de pruebas no redargüibles, demuestra no sólo la inocencia de la Señora, sino la perfecta cordialidad entre élla y el General Sucre.

El Sr. Flores y Caamaño deja también en evidencia las imposturas de la novela que se mandó escribir a N. A. González y patentiza la imposibilidad de un acuerdo entre Flores y Barriga, adversarios políticos el uno del otro, en época inmediata.

El Sr. Saavedra Galindo menciona a "un cronista ecuatoriano (¿cuál será éste?) que afirma que sí existieron relaciones ilícitas entre el General Isidoro Barriga y la esposa de Sucre".

Denuncia también el Sr. Saavedra Galindo la  complicidad, en el crimen de Berruecos, del diputado de Cuenca Sr. García Trelles. ¿En qué se funda tan monstruosa calumnia? ¿Se endereza ella acaso a invalidar el testimonio de García? ¿Resulta este cómplice, y no Sarria, Erazo, Alvarez....! (27)

Para apuntalar su versión novelesca, trae también el académico el dictámen de dos expertos, especialistas, Señores Roberto Andrade y Nicolás F. López, ecuatorianos.

Del Sr. Andrade, es claro que reafirmará su tantas veces repetida historia negra de Flores, de sus comisionados para el asesinato y de lo más que forjó Obando. Concluye eso sí Andrade desautorizando la especie, por otros admitida, de los inauditos crímenes de Doña Mariana Carcelén y Larrea.

El Coronel López sostiene la culpabilidad de la Señora y relata incidentes, recogidos según asegura en la tradición quiteña. Falta comprobar la veracidad de tales aseveraciones. En nuestros pequeños países, la maledicencia ha esparcido siempre leyendas, por enferma delectación de escandalizar. (28)

(27) Detalle de última data es la inconcebible conjetura que supone al Sr. García cómplice del atentado que preparó, según la procacidad partidista, la nueva Medea. El Sr. García, hijo del último Gobernador español de Cuenca Don Antonio García Trelles, fue de todos conocido por su honorabilidad y mansa condición. Murió muy anciano y respetado de sus conciudadanos. Abuelo de mi esposa, cumplo un deber no solo de justicia, afirmando la imposibilidad de que el ex-Diputado García hubiese sido cómplice en la imaginaria trama de la consorte de Sucre.

(28) En Quito, privan los graciosos, que no desperdician un dicho burlesco,

También han llegado a mi noticia ciertos decires malévolos, pero nunca se referían a falta que pudiese dañar la honra y las relaciones domésticas del General Sucre. Ellas se referían a hechos verdaderos o supuestos, muy posteriores a la muerte del Mariscal.

En este punto, me refero a la veracidad de nuestro venerable historiador Sr. González Suárez, a quien oí que tenía perfectamente averiguada la inculpabilidad de la Señora Carcelén y Larrea, cuya fidelidad a Sucre no la ponía en duda el austero prelado.

Las segundas nupcias de élla no importan sino una triste concesión a las urgencias de la vida, pero nunca el crimen, ¡y qué crimen!

El argumento de Shakespeare en *Hamlet* —nadie casa con el segundo esposo que no haya muerto al primero— no pasa de frase de efectismo, propia de la tragedia y no radicada en la verdad. González Suárez, en la Catedral de Quito, declaró: “Doña Mariana Carcelén y Larrea... cuando el crimen de Berruecos desató el lazo conyugal que la unía con Sucre, volvió a encender la antorcha nupcial en el altar de Dios, como la viuda de Belén, Ruth, la de la Biblia; pero conservó para con su sacrificado esposo, un amor constante, convertido por la piedad en uno como culto religioso. Hizo desenterrar a ocultas los restos mortales de Sucre, y, asimismo a ocultas, los mandó traer a Quito: aquí buscó un lugar sagrado, y allí los escondió, confiando su secreto a corazones puros.... En lugar sagrado cerca del altar, allí los depositó; y allí acudía de continuo, para desahogar su corazón afligido, llorando en silencio. La dignísima Marquesa de Solanda lloraba callada, cumpliendo, como Ezequiel la orden de Dios de gemir en silencio, Por tu esposa, le dijo Dios al Profeta, llorarás; pero en silencio”....(29)

La carmelita Doña María Jamesson refirió al Obispo: “La Señora Marquesa, solía venir acá, y aquí lloraba en silencio por Sucre, acordándose de él y de como lo mataron: mandaba a celebrar misas y hacer sufragios por su alma. La hijita

aunque a veces vaya reñido con la verdad. Los fiscales de Flores recuerdan aquello de quo se suprimió el jardín de la plaza Sucre en Quito, *porque Sucre no puede estar con Flores*. Mil dichos picarescos como éste proceden del ingenio popular de aquella como Andalucía de los Andes.

(29) Dos tías de la Sra. Mariana Carcelén fueron monjas del Carmen Bajo. Esta circunstancia explica la traslación definitiva de los restos de Sucre al citado monasterio.

de Sucre estaba también enterrada aquí. La última vez que vino la Señora, estuvo en mi celda, y lloró más que otras veces”.

La calumniada dama resultaba una heroína trágica, a la manera de Medea, y esto en el comienzo de la república, a raíz de la colonia, cuando las costumbres no daban de sí atentados de tal magnitud, y el ambiente religioso penetraba hasta la médula.

Cierto que cumplía a la estética de la vida y de la historia el que Doña Mariana no hubiese contraído segundas nupcias. Pero, cuán difícil la hermosura y limpieza de la conducta, y vanidad exigirla a una mujer, cuya suerte depende casi siempre del hombre y exigirla a una dama joven y rica. El heroísmo no se da tan fácilmente.

Además, el General Barriga era un caballero de familia ilustre de valientes patriotas. Para justificar a un colombiano de viso, se acude al recurso antipatriótico de mancillar a otro con invención calumniosa.

Se intenta fingir, con el General Barriga y la Señora Carcelén, el uxoricidio de la abuela de Obando Doña Dionisia Mosquera y D. Pedro Lemos, en la persona de D. Pedro Crespo. Se trata de un plagio de historia, sin más fundamento que justificar a un delincuente, endosando el delito a un prójimo.... Otro caso de delincuencia, tan vituperable como el primero: el asesinato moral.

Así se procede casi siempre por el crimen audaz y sus defensores. En la inmolación de García Moreno, uno de los principales autores complicó al Ministro de la Guerra y a un jefe militar; y a propósito del envenamiento del Arzobispo de Quito Señor Checa, se procesó a un pobre Canónigo, con la elástica doctrina del *cui prodest*.

En el espantoso drama de Enero de 1912 en Quito, a medio día y ante millares de espectadores, el estrabismo de partido no quiso ver a la soldadesca y a la canalla enfurecida, sino a los católicos, quizás a frailes enmascarados y clérigos con antifaz. Los periodistas, los poderosos, los que tenían entonces alta la vara y la espada en ristre, serían absueltos; y el famoso crimen, por colectivo, pasaría al fondo oscuro de la impunidad, por declaración de asambleas y judicaturas. Lo propio se hizo como remate de los asesinatos del General Terán y del Coronel Belisario Torres. No faltará después un cronista que encuentre al inevitable adversario político, para acomodarle el cadáver, mediante la lógica del *cui prodest*.

* * *

La curiosidad movió a muchos ecuatorianos a investigar acerca de los antecedentes del famoso crimen de Berruecos—hecho central en torno al que gira una buena parte de la historia, de dos naciones, principalmente.

La investigación se refiere a los contemporáneos y a la posteridad inmediata. El Sr. González Suárez averiguó el caso con escrúpulo de analista y sacerdote. Abonan su testimonio los Sres. José Félix Valdivieso y Dr. Benigno Malo, que conocieron los hechos y a los hombres directamente, en su larga residencia en Pasto, el historiador Cavallos, los Sres. Aguirre Montúfar, el Sr. Olmedo, el Obispo Arteta, el Cnel. Gómez de la Torre, el General J. M. Urvina, D.^o Francisco X. Aguirre, D. Pedro F. Cevallos....

En Colombia, además del motivo familiar, obra del puro nacionalista, sin raigambre racional ¿Ha de comprometer el buen nombre de un pueblo el atentado de uno de sus hijos? ¿Y por qué echar en olvido o imputar a un extranjero el hecho de Berruecos, cuando no se niega uno de más trascendencia— el del 24 de septiembre? Obando y López deploraron no estar en Bogotá para incorporarse en la conjuración de muerte contra Bolívar, y hasta del crimen de Berruecos dijo Obando que, a verificarse fuera del Cauca, lo habría celebrado con un banquete. Cuando D. Rafael Arboleda propuso un homenaje fúnebre a Sucre, el General López lo suplantó con otro a Córdova, como si en ultratumba fuesen rivales los dos héroes de Ayacucho.... La ingenuidad del odio y de la criminalidad surgía a plena lumbre.

* * *

¿Se pondrá punto final a este pleito de sangre? ¿Continuará la mala fe trazando —como última palabra muda— los traidores puntos suspensivos?.... ¿Cuándo descansará la luctuosa Sombra?....

Quizás para decoro, se trató levantar en Berruecos un monumento funerario, algo como altar de recordación. Ese monumento ¿queréis sea piedra de contradicción, y que la verdad levante allí el índice acusador— en dirección al Guátara, y no al Patía?

¡Siniestra montaña, con raíz de crimen y riego de sangre! Allí pereció también, en la misma angostura en que victimaron a Sucre, el poeta soldado Julio Arboleda, a traición y

por mano de un sucesor de Erazo, Morillo, Sarria, Alvarez, los Rodríguez, Cuzco. . . . El General Mosquera armó aquel brazo, como Obando el de la comparsa destacada desde el Salto de Mayo y La Venta hasta Berruecos.

Otro plagio histórico. . . . El partido sigue la política y la campaña de eliminación. ¡En marcha! (30)

*
* *

La historia vale tanto como un proceso, y el historiador desempeña el cargo de juez. El hombre no es para tan poco, que la historia se califique como conjuración contra la verdad, según la frase de un genio de la neurastenia. La historia restaura el hecho, objetiva la moral y recompone las derivaciones de la crítica. La imparcialidad humana es una derivación del juicio de Dios. Si ellos volvieran a la vida y hablaran. . . .

La hermosa Religión Cristiana considera vivos y presentes a los muertos, conforme a la comunión universal humana de

(30) En la tarde del 24 de Septiembre de 1863 fuí a visitar amistosamente al general Mosquera, con quien cultivaba excelentes relaciones hasta su insólito ultimatum del 13 de Octubre, que motivó la guerra. Encontré a dicho general y a un alto funcionario platicando con un mozo de poncho, joven, bastante bien parecido y de una fisonomía expresiva, pero no siniestra. El mencionado funcionario me lo mostró diciendo: "he aquí el que *aseguró* a don Julio". Vi que estaba en frente del asesino de Arboleda, el esclarecido colombiano que me había honrado con su amistad a mi paso por Panamá y de cuya familia, establecida en París, conservaba los más gratos recuerdos.

"Aún sin estos antecedentes personales y aún sin los antecedentes públicos del ilustre Arboleda, los cuales bastaban por sí solos para hacerle acreedor a todo respeto y simpatía, yo no hubiera podido menos de experimentar un movimiento involuntario de horror, al ver que me tendía la mano un asesino, como lo hizo muy cordialmente aquel mozo, con el ofrecimiento de sus servicios.

"En la conversación que se siguió, refirió que se llamaba Juan María López, que dependía de las guerrillas del Comandante Mesa, quien le había dado el mando de siete hombres para que *asegurase* a Don Julio; que él no le conocía, ni tenía motivo alguno de venganza contra él. El general Arboleda venía precedido, dijo de cien hombres: López se había disfrazado con el uniforme de sus propios soldados, los *vordes*, y engañado así Arboleda, le dejó seguir sin desconfianza. Llegados a una angostura de Berruecos, López apoyó su fusil en el maletero de don Julio y le disparó el tiro a boca de jarro, por detrás. Arboleda cayó al punto herido de muerte. El fusil tenía además de la bala cortados o postas, como en el caso del Gran Mariscal de Ayacucho, con la diferencia que la muerte del general Arboleda no fué tan instantánea como la de Sucre. El general Mosquera observó entonces a López que sólo una bala había penetrado en el cuerpo de la víctima, no cortado alguno. López sostuvo que el fusil había tenido cuatro cortados. El general Mosquera oía los pormenores del crimen con suma complacencia y como la cosa más natural del mundo, cual si se tratase del resultado de una operación legítima de guerra". *Antonio Flores*.—El Mariscal de Ayacucho, p. 623.

los de aquí y los de allá: los viadores y los que han llegado. La fama de los muertos es talvez más respetable que la de los vivos, y cobardía suma calumniar a los muertos, que no pueden hablar ni desafiar al calumniador.

¡El dogma de la resurrección, dogma sublime! Mediante éste, se restablecerá la verdad de tantas situaciones y responsabilidades. Entonces se justificarán innumerables vituperados por arte de mentira, y la diafanidad de los hechos aparecerá sobre el fondo de la luz sobrenatural, que será ya natural.

La verdad es leal, rectilínea, sincera, sin revés ni penumbra. Los abogados de ayer y de última hora que defienden a los malhechores, ejecutantes de la doctrina del asesinato político, en la primera Colombia, ¿proceden con serenidad? ¿han abierto los ojos al sol? ¿han seguido el camino que lleva a la justicia?

El asunto, sin el prejuicio nacionalista o de bandería, resolverlo puede, con la simplicidad del buen sentido, el Gobernador de la ínsula Barataria.

A su saber y entender se recomienda el fallo definitivo, para llegar al perpetuo silencio de reconstructores de leyendas de mala fe y mala literatura, que ya estorban,

¿Qué el golpe mortal contra el vencedor de Pichincha vino de Quito?....Contra ello protesta el Ecuador desde el fondo de su límpida historia.

Las invasiones, en esta de perversa novela, tienen tanto de malignidad como de mal gusto.

REMIGIO CRESPO TORAL.

Pichincha [1]

Regresemos un instante, en viaje espiritual, al tiempo heroico, para restaurar el teatro y la escena de aquellos días únicos de la emancipación, en que se hizo nuestra primera patria—la gran Colombia: días los más solemnes de la historia nacional, después de la epopeya de la conquista.

Desde 1809 se conmovió ya este suelo con la agitación subterránea de la independencía, aunque la gran masa indígena no correspondía a los estímulos del resurgimiento y los españoles y criollos, avenidos con el régimen, por motivos del poder y de lucro, resistían bravamente a las tentaciones de libertad. Sólo unos pocos de los nativos alimentaban recóndita la sagrada llama. El valiente movimiento inicial de Quito secundóse aquí en generosos pechos, y tuvimos también mártires y proscritos. De esos suplicios nació la República, y algunos de los instigadores, fiscales, jueces y ejecutores de castigos en nombre del Rey, fueron al cabo próceres de la liberación. (2)

Desde 1809 hasta 1812, en que Calderón y Montúfar triunfaron del enemigo español, y se derrotaron luego en acto de suicidio colectivo; desde 1812 hasta 1820 en que proclamó Cuenca la patria libre y sucumbió cerca del mismo campo funesto, de la dispersión de Calderón y de Montúfar --hasta febrero de 1822, la antigua provincia de Cuenca, llamada del Perú, soportó trece años

(1) Se reproduce el discurso que, en calidad de Presidente de la Municipalidad de Cuenca, pronuncié en el Cabildo—Abierto—una de las solemnidades del Centenario de la batalla de Pichincha en esta ciudad.

(2) Entre ellos, ha de mencionarse al célebre chileno José María Vázquez de Noboa, alma del partido realista en el Ayuntamiento y Director civil y militar después del pronunciamiento de Noviembre de 1820 y del combate de Biblián [Verdeloma]. El mismo Vázquez de Noboa fue Jefe Rivaguerista, enemigo de Bolívar, en la campaña del Perú....

mortales, no siquiera de guerra, de algo peor que la guerra: arsenal, centro realista, cuartel general de la Presidencia, sede judicial y administrativa con la Real Audiencia que acá se trasladó bajo la presión de Molina, de Aymerich, de González, de Tollrá y hasta de Agualongo, dió para la monarquía moribunda casi todos sus hombres de armas y la posibilidad de sus recursos. Desiertas las dehesas, refugiados los principales vecinos en las montañas, sin labor las tierras, incorporados a las filas labradores y obreros, para campañas en Quito o en Guayaquil, o más lejos todavía; esta provincia convirtiéndose en campo de desolación, reducida a la miseria. Abandonadas las minas, suspensa la contratación, el terror en las almas y el fatalismo como brújula en la desecha tempestad; quizás no hubo sección en el Ecuador, y muy pocas en la vieja Colombia, que más padeciese, rebajada a la extremidad de la anulación. Y no eran solo los terratenientes víctimas de la exacción: el pueblo enrolado en masa en los cuerpos del ejército, los indios privados de su escasa ración de subsistencia y de sus animales de labor, las mujeres obligadas a las industrias de la guerra, para su provisión.

Forzados, en tan triste situación, partieron muchos de nuestros antecesores a luchar contra la causa americana en tierras que conocieron por primera vez; marcharon a rendir también ellos a Nariño, a batirse en las quiebras del Guáitara, a cortar el paso a la libertad que avanzaba del norte y pugnaba por llegar al sur.

En aquellos años de adversa fortuna, nuestro Ayuntamiento colonial, desde este mismo sitio donde nos sentamos, hacía de cabeza del pueblo y lo defendía, interponiéndose entre el poder militar y los vecinos oprimidos. El Ayuntamiento, limitado a la función local de conservación, de beneficencia, de arbitrios, distribuía las cargas, según criterio de equidad y atemperaba las asperezas de la situación, parando los golpes a la venganza. Reuniase diariamente para proveer a los mantenimientos, a la recluta, a la requiza, moderando la fuerza con las abnegaciones suplicadas y obtenidas de los alarmados habitantes, y dando ejemplo los regidores primeramente, con la dación de sus bienes y el sacrificio de sus personas.

¡Bendigamos la memoria de esos buenos patricios, que nos legaron tantas virtudes, cuya honrada grandeza no queda quizás, pues se ha perdido a lo largo de los años de un siglo, tan discutible por sus miserables claudicaciones! Si aquí no se cubrieron las plazas de cadalsos, si no se abolió la propiedad y se rompieron los santos vínculos de la naturaleza, en las garras



del monstruo de la guerra; se lo debemos a aquella corporación eminentísima, que tuvo a su cargo la paternidad de la comarca. Sobre ella el Cabildo alumbraba como el sol todos los días, colocado encima, por motivos de superioridad, de riqueza, de los beneficios, del talento. Los Radas, Serranos, Crespos, Vegas, Ochoas, Astudillos, Gómez de Arce y Villamil, Carrión, Chica y Ramos, Arteaga, Sélleri, Veintemilla Valde-rrama y el simpático, insustituible Secretario Mariano Gómez, padres fueron de la ciudad y su región; y sus nombres, escritos en los archivos de este honorable Cuerpo, han pasado a nosotros, inscritos en las tablas perdurables de la historia, y pasarán al corazón de todos los que, en adelante, representen los intereses de la Provincia y de su ciudad Capital.

En febrero de 1822, despedido para siempre, con rumbo al norte, el último destacamento de tropas españolas, sintió la ciudad, cómo del Sur llegaban los primeros vientos de gloria. Era el épico ambiente de la inmensa epopeya que, desde las bocas del Orinoco, debía avanzar, para completarse en las vertientes del Plata. ¡Horas de sublime emoción! La escena cambiaría totalmente. Los infantes y ginetes de Aragón, que mandaba Tolrrá, dejarían el sitio para los ginetes de los Llanos, los de Paya, los de Albión, los Centauros de la Pampa, los Dragones del Apure, la infantería de Trujillo y de Piura.

Llegó el instante solemnisimo de asomar por entre las arboledas del mediodía, avanzando al puente que sobre el Tomebamba levantaron buenos lugartenientes españoles, el ejército de Colombia: los de Cartagena, de Casanare, de Aragua, curtidos por el sol de cien victorias; la caballería Argentina con sus forzudos ginetes de Chile y de Buenos Aires, los auxiliares del Perú con Santa Cruz, el hijo primogénito de la futura Bolivia; Heres, el paladín del *Numancia*, el indomable Luis Urdaneta y Febres Cordero, Antonio Morales y Ortega; los brillantes rostros de los irlandeses e ingleses de Albión; Lavalle, el gallardo, rubio adalid del Plata; Rasch, un arrogante soldado de la vieja Germania, Mackintosh, O' Leary y Diego Ibarra de la progeie del Libertador, con su aristocrática postura de hidalgo español. Y al fin, después de la sorpresa del desfile de tantos oficiales y soldados, por primera vez vistos y admirados y devorados por la curiosidad popular, aparece la pálida figura del pensador, del héroe, del jefe, del prometido: Sucre. La nariz como pico de cóndor, la amplia curvatura de la frente, los ojos profundos, inclinado sobre el arzón, la faz marmórea por la sorpresa, ¡tan joven! una repentina improvisación de la gloria. Nos llegó por fin ésta ¡Bien

venida a la tierra estéril hasta entonces! ¡Bien venida para siempre!

Se nos dió la libertad, y conocimos la República, dentro de la grandiosa Colombia boliviana. ¡Enhorabuenas a la libertad! Nuestro consorcio con la República se hizo ya ¡Esta será para siempre la patria! (1).

Los vecinos principales, los patriotas del Ayuntamiento, parte del pueblo, espectan asustados, creyendo que todo se volcaría, como en la transformación del terremoto. Mas, Sucre, el sabio, el sin mancha, no turbó con un solo alarde de arrogancia, ni con un gesto de altivez, la honrada armonía de la vida colonial. El mismo Ayuntamiento quedó al frente de los destinos de la nueva patria, alejados por desdén o decoro, algunos empecinados realistas. No se desquició la máquina política, ni se extendió sobre los hogares la tormenta del rencor, que más tarde había de ser la característica de lo que convenimos en llamar revolución: palabra de realidad apocalíptica, para imperio de la Bestia, en los amargos años que habrían de venir....

Ante todo, forzoso es rendir gracias al Dios de las naciones, al Señor de las batallas. A la usanza colonial, Sucre y su Estado Mayor, bajo palio, encamináronse a la Catedral, precedidos por el Ayuntamiento y sus maceros, con las tradicionales togas carmesíes y las mazas de plata.

Luego hubo de jurarse la nueva patria y la incorporación a Colombia. Los Regidores del Rey quedaron a guardar la República, oficiales de la libertad, a la que debían de servir con el decoro del poder. Entró a presidirles el General Tomás de Heres, hijo de Venezuela, uno de los más inteligentes jefes de la gran nación.

Se hizo entonces la imponderable empresa de organizar la campaña que había de libertar al Ecuador: completar los

(1) Refería mi padre, con relación al suyo D. José Crespo, oficial del Ejército realista, herido en Verdeloma, cuánto fué el dolor de los vecinos del partido del Rey, al contemplar, por vez primera, el pabellón del iris. Creyeron, al principio, que era la misma bandera española roja y amarilla. Luego advirtieron otro color —el azul— que se interponía entre los colores españoles. El color intruso era el del cielo. Por ello, pude, con perdón de la madre España, lanzarle la siguiente estrofa de mi *Canción de la bandera*:

Entre esa tu sangre mora
y el oro de tu codicia,
puso el azul de la aurora
la Soberana Justicia....

cuerpos, preparar las vituallas, juntar las acémilas, la munición, la galleta, las herraduras, los clarines, para una empresa que pudiera ser accidentada y larga. Qué los hospitales se ampliesen, que la salazón se aderece, que la locomoción sea inmediata y eficaz, Sucre hizo prodigios en país agotado, aniquilado. Sucre y Heres lograron la resurrección de un muerto; la nueva vida republicana improvisó recursos, subsidios, soldados y cabalgaduras. Y hubo dinero y humor para fiestas y banquetes. (1).

En cincuenta días de esfuerzo y de fatiga, en prolongada labor hasta los amaneceres, se logró preparar todo, recibir las últimas tropas que por mar llegaban desde la remota Panamá; y se emprendió el avance a través del áspero nudo del Azuay. A poco, Córdova el Hércules de Pichincha y Ayacucho, seguía al Norte después de los trabajos estupendos de su marcha por las montañas occidentales que amurallan nuestra ciudad.

Cuenca había cumplido con su deber entonces, como lo cumplió desde 1822 hasta 1825, en otra larga preparación de auxilio para la campaña del Perú, que había de culminar en el certamen de Ayacucho, como lo cumplió en la victoria de Tarqui. El Ayuntamiento de la ciudad, bajo la presidencia del General Torres, debía contribuir con inusitados recursos de hombres y dinero para Ayacucho; y en 1828, este mismo Ayuntamiento presidiría la acción eficaz e intensa de esta comarca, sacrificada en masa, para rechazar a los invasores de la agonizante Colombia.

El 21 de Abril, los ginetes argentinos y colombianos dieron la famosa carga de Tapi, en las cercanías de Riobamba; y el ejército siguió adelante, aumentando sus contingentes los patriotas del centro y de Quito, hasta llegar a las inmediaciones de esta ciudad, a fines de Mayo.

Bolívar mantenía detenidos en Pasto a los tercios realistas que pudieran operar sobre la Capital de la Presidencia; y el gran torneo militar hubo de jugarse en uno de los más hermosos sitios del Continente. No se escogió Chillo —el valle de treinta leguas,— digno de las masas de ejército de Ciro o de Dario; no la llanura de Chillogallo hermosamente extendida

(1) Sucre organizó el Distrito del Sur que comprendía Loja, creando desde luego una Corte de Justicia. La administración le mereció especial cuidado, y el Gral. Heres amplió los servicios municipales y provinciales, con inusitado empeño.

para una batalla campal; no el risueño egido de Iñaquito donde venció el primer insurgente en América—Gonzalo Pizarro—y rindió la vida el anciano Virrey Blazco Núñez Vela. Al pie del volcán mismo de Pichincha, en su pendiente inclinada sobre la ciudad, para espectación teatral magnífica, Sucre después de movimientos de estrategia y hábiles sorpresas, detenido al parecer en su paso al norte por inesperado ataque del enemigo, trabó el combate, como si emprendiese obra de gran espectáculo, con la gentileza del valor y la seguridad que le había prometido el destino.

Ese día, sobre el glorioso campo, flotaron y se extendieron la sugestión heroica y la emoción sublime de las cosas supremas y casi divinas. ¡Hermosa la batalla,! por la arrogante acometida de Córdova, por el arrollador empuje de Paya, Magdalena y Albión y por el imponderable sacrificio de Yaguachi, cuerpo de tropas que debe existir hasta que exista el Ecuador!

Las sombras de Atanasio Girardot y de Ricaurte se dibujaron sobre la cabeza de los republicanos combatientes, y un mancebo—Calderón—dió la nota más alta del sacrificio. Era el heroísmo con que el sur de Colombia rivalizaba con los paladines de Venezuela y de Granada! Perdidos los miembros del Héroe, su tronco es el torso mutilado que envidiara la estatua griega para prototipo de un dios. ¡Bello y artístico triunfo! Sucre cobró la palidez de un mármol antiguo, cuando miró esparcidos los últimos humos de la refriega, que cubrían, a modo de cenizas de gloria, la ciudad libertada; y en frente y al norte y al sur, aparecían los gigantes de nieve—el Cayambe, el Antisana, el Cotopaxi—saludando al vencedor.

Esta batalla consolidó la nacionalidad del sur, la que se amparó bajo las banderas de Colombia. Como Carabobo para Venezuela y Boyacá para Cundinamarca y Ayacucho para el Alto y Bajo Perú, Pichincha fue el triunfo creador de la Patria Ecuatoriana. Y si Carabobo, en los aledaños del edén de Valencia y del mágico lago de Tacarigua, fue esplendor de Venezuela; Pichincha aparece como justa de heroica gentileza, no sólo por los caudillos y los héroes, sino por el vasto e incomparable anfiteatro de las más estupendas cumbres: el combate dado a mayor altura, en todos los tiempos, en todas las tierras, un escalamiento de titanes, una eminente elevación física y moral, para superar muchas cosas y muchos hechos, que no habían sido superados aún en la historia. La bandera de Colombia se dibujó, con los nativos colores, en las columnas de humo que se levantaron entonces desde la negra boca del Pichincha y sobre la traidora y blanca cima del maravilloso Co-

topaxi. (1)

A raíz de la victoria, sobre el campo mismo humeante, ante el moribundo Calderón; Sucre, quizás escribiendo sobre un tambor, al mismo tiempo que a Bolívar, dirigió a Cuenca el primer saludo del triunfador: una delicadeza del caudillo para la abnegada ciudad que le abrazó amorosamente y le despidió para el torneo de la gloria, anunciándole la buenaventura del triunfo. Esa carta de puño y letra de Sucre, escrita el 25 de Mayo al Ayuntamiento de Cuenca, en el transporte de la alegría y en la alucinación de la sorpresa, antes de pisar la sede de la Presidencia, que aparecía a sus pies como un misterio; es el tesoro más preciado que le es dado guardar al pueblo de Cuenca, que sirvió al caudillo con apasionada solicitud, que lo comprendió, que lo tuvo después aquí para la campaña de 1828, —padre de la patria, su libertador, su defensor, su guía, casi un semidiós.

Desde años atrás, antes que en ninguna ciudad ecuatoriana, se levantaron en esta sala los mármoles que representan al Libertador y a Sucre, mármoles arrancados de la montaña de Tarqui. Nuestra Municipalidad dió cumplimiento al decreto del primer Ayuntamiento republicano de Cuenca, siquiera sea en esta forma modesta. Y cuando sea con nosotros la piedad del Cielo y cese la injusticia de los hombres y se nos conce-

(1) En el Centenario del Pichincha, el Presidente del Perú D. Augusto B. Leguía hizo algo como una exposición histórica acerca del auxilio de tropas peruanas para la batalla, extremando la importancia de aquél. A su vez, el Gral. Lavalle y sus apologistas llegaron a la hipérbole, ponderando el heroísmo de la caballería argentina, sobre todo en la carga de Tapi, cerca de Riobamba. Los cuerpos del Perú, al mando de Santa Cruz, vinieron a Colombia, en sustitución del magnífico *Batallón Numancia*, que se creyó necesario retener en Lima, para su seguridad. No por esto, ha de negarse la valiosa intervención de los cuerpos peruanos al mando de Santa Cruz y de los jefes argentinos, cuerpos algunos de los que retrocedieron, al principio del combate, soportando valerosamente considerables bajas. Debe si recordarse, como consta de documentación abundante de la campaña, que aquellos batallones se completaron con reclutas del Sur, sobre todo de Cuenca, a causa de deserciones inevitables principalmente cerca de la frontera. Cuando el regreso de los auxiliares del Perú, las bajas—que eran por ello numerosas—se cubrieron con compañías enteras organizadas en el distrito austral de Colombia. Cuanto a las rivalidades de valientes jefes argentinos, que critican ásperamente las operaciones de Bolívar en Pasto y de Sucre en el Ecuador, la respuesta concluyente aparece de los resultados, (Véase el Libro *Lavalle* por Pedro Lacasa). Ellos determinan la eficiencia y la gloria. Si San Martín no hubiese abandonado el Perú y los auxiliares argentinos y chilenos—separados de los de Colombia—, no hubiesen padecido los desastres de Torata y de Moquegua; no habría sido quizá necesaria la intervención de Bolívar en el Perú, no se habría dado la batalla en Ayacucho ni fundado Bolivia. ¿Cuál entonces el desarrollo de los sucesos para la definitiva independencia? Sobre ello, sólo podrá escribirse en novela....

daun camino civilizado hacia el mar; pondremos también nosotros, en las plazas, las estatuas de los Padres de la patria, tanto más queridos cuanto no fueron hijos de este suelo; y así generosamente, nos dieron su espíritu y su sangre, todo lo que tenían y lo que podían.

En este momento, hemos colocado también en el salón, pagando vieja deuda, los retratos de los primeros Gobernadores e Intendentes de la República en el Azuay; benemérito, sabio e ilustre venezolano General Tomás de Heres y eminente patriota, justiciero y leal General Ignacio Torres, hijo de Nueva Granada. Luego nos honraremos con homenaje igual ofrecido al General Antonio Morales, bogotano ilustre, Jefe de Estado Mayor en Pichincha, Gobernador también y Comandante General del Azuay. Ellos han dejado aquí memoria imperecedera y el legado de su sangre nobilísima, y los dos últimos cabeza de larga y honorable descendencia cuencana: fueron nuestros hasta morir y después de morir.

¡Llor a todos ellos! A Córdova, a Mires, español como Tamariz; a Santa Cruz, a Lavalle, a Morales, a Ibarra, a Mackintosh, a O' Leary, a Rasch, a Olazábal, Villa, Sánchez—esos generosos extranjeros que hicieron suya nuestra causa y propios nuestros agravios! A Urdaneta, a Febres Cordero, a Cestaris y Leal, a Farfán y Valencia. (1) Para todos un grito de admiración, una voz de gratitud inmensa, solemne inmortal. Y el saludo a la hermana Venezuela, la tierra matriz la cuna de tantas patrias; a Colombia la nueva que lidió con nosotros hasta el fin; al Perú protector y compañero en las primeras fortunas y reveses; a la Argentina de cuya labor patricia y militar queda entre nosotros rastro profundo; a Inglaterra, la protectora de nuestra libertad, que sin Inglaterra no habría sido; y a Irlanda de sin ventura, tan buena y tan santa, que nos dió sus abnegados hijos, que trajeron virtud a nuestros hogares y el purpúreo licor para nuestras batallas.

Desde tan remotas tierras, nos llegaron amigos, compañeros, hermanos. Un acaso inesperado nos privó de gran fortuna: Byron, el primer poeta de su siglo, debió venir a este nuevo mundo, para cantar la elegía heroica que entonó, moribundo, en la redención de Grecia.

(1) El General Luis Urdaneta dejó en esta ciudad una hija Dña. Amalia Urdaneta; Febres Cordero fue tío abuelo de un eminente azuayo el Dr. Francisco de F. Cordero y Muñoz (Hermano Miguel de las E.E. CC.); el General Farfán formó en Cuenca extensa y honorable familia, y del Coronel Valencia queda su nieto el inteligente presbítero Roberto M. Valencia y Andrade

Un cariñoso abrazo, que alcance hasta la inmortalidad, a nuestros hermanos en Pichincha, a Calderón, a Vargas Machuca, al egregio Capellán Custodio Veintimilla, el patricio de Noviembre; a esa legión de ignorados combatientes que hicieron el heroísmo oculto y no perdido, tanto más sorprendente, cuanto menos interesado: que hasta la gloria es una dádiva para los grandes y los felices.....

Vaya nuestra llorosa mirada a los sin tumba, a los magnánimos extranjeros que duermen en ecuatoriana tierra el sueño para la resurrección: el Gran Secretario del Libertador José Gabriel Pérez, (1) al argentino José García sepultado en las malditas arenas de Huachi, al General Arturo Sandes, al hermoso Apolo de la Gran Bretaña, que es en nuestros floridos campos —polvo de su jardín.....

¡Alabanza de cien años a Pichincha! al campo sagrado en que nuestra Patria surgió a la luz del mundo, con bautizo de grandeza e imperecedera soberanía, y pase la alabanza de este siglo, a otro siglo.....

(1) En el trágico período que se siguió a la proscripción del Libertador, pereció súbitamente su leal Secretario, en Alangasi [Quito] donde había buscado refugio contra los rencores del tiempo. La prensa coetánea deslizó la sospecha de que Pérez había sido envenenado. Contra el perduraba la odiosidad de las sociedades secretas, cuyo decreto de extinción suscrito por Bolívar lo autorizó—y se asegura lo escribió—el benemérito Cnel. Pérez.

TARQUI [1]

Ecuatorianos:

Este día, centenario de la última batalla de Colombia, de la última batalla de Sucre, en actitud solemne de rito heroico, descubrámonos ante la estatua del noble y generoso varón, cuyas cenizas son para culto perenne en el altar de la gratitud nacional.

Su espada se levantó como menguante luna, en el límite austral, en uno de los años crepusculares de nuestra emancipación. Fue en esa otra Puerta de montaña —Berruecos— que recuerda la otra que cierra los valles de Aragua, en la que casi se eclipsó el sol de Colombia... (2)

El héroe, que desde el Golfo, trajo por la hoya del Jubones, por Girón y Cuenca, la caravana guerrera que había de llegar a Pichincha, para la jornada de la liberación de Quito; hubo, pocos años después, de repasar parte del mismo camino, a cortar el paso al invasor extranjero, que ocupaba ya territorios de Colombia. El impetuoso General Flores se había adelantado hacia el Azuay, para defensa de sus baluartes naturales.

La epopeya de la Independencia degeneraba en los preliminares de un drama de afrenta y de dolor. Bolivia había sido ocupada antes bélicamente por tropas del Perú; y Sucre proscrito de esa su hija y nueva patria, roto el brazo que trazó el plan de Ayacucho y firmó el estatuto de consolidación de Bolivia, salvando a ese pueblo indefenso de la imposición

(1) Este discurso fue pronunciado en la Capital de la República, ante el monumento al Mariscal de Ayacucho, en representación de la Asamblea Nacional.

(2).—En la Puerta fué la magna derrota de Bolívar. Lo venció el famoso Bovés, que murió triunfador.

de los virreinos limítrofes, acudió más tarde, por mandato del Libertador, al final desafío del Perú. Era la contienda fratricida de los americanos del sur, esa locura de que no nos curamos todavía.

El ejército de aquel país, combinado con elementos de perturbación sobre todo del Centro Colombiano, pasó el Desaguero, para insidiosa incorporación de Bolivia al pretendido mayorazgo del viejo virreinato de Lima; y luego, mediante hábiles maniobras, que dieron por resultado la sublevación de la Tercera División auxiliar, en la Capital de los Reyes, se preparó la definitiva discordia y disolución de Colombia.

Era el programa del momento, la tesis política de trascendencia continental. Los enemigos de Bolívar en el Centro, en Venezuela, en el antiguo Imperio de los Incas, se concertaron en tan estrecha alianza de intereses, que el proyecto entendido y sustancial que se definiría por las armas en el sur de Colombia, había de ser la muerte de esta gran patria, en una partición con hijuelas para caudillos militares que sucediesen a Bolívar y supeditasen a Sucre, su inevitable lugarteniente.

Los otros motivos del conflicto, inclusive el territorial, tuvieron importancia secundaria. El objeto primario se enderezaba a la dispersión de los Departamentos colombianos, no siquiera dentro de una alianza, sino en el rencor de la discordia.

Bolívar, después de la noche de Septiembre, no representaba ya el poder, sino solamente la gloria: se lo había prematuramente entregado al panteón de la inmortalidad, última patria de los grandes que están demás... Venezuela, rota de antemano con Bogotá, tenía ya su caudillo indiscutible: el de los Llanos. ¿Quién podía vencerle?

Quedaba el sur como incógnita—la hija postrera, la huérfana de mañana. Y al sur llegó Lamar, el tercer guerrero de Ayacucho, hijo del Sur y Presidente del Perú. ¿A qué venía? A incorporar el Sur al Perú o a fundar el Ecuador, como lo declaró en el histórico banquete de Loja? Nadie podrá ensayar la afirmación categórica, tratándose de algo que pudo ser, y no fue... (1)

[1]—Es conocido el brindis de Lamar en el banquete de Loja, brindis del que tomó nota el Libertador! Lamar declaró que venía al Ecuador, para en calidad de hijo del Sur—del Departamento del Azuay constituir la nacionalidad, hoy llamada ecuatoriana. De suerte, que obraba como otro motivo en el conflicto, la rivalidad entre Lamar y Flores, también interesado, no muy tarde, en la fundación de la República dentro de los límites del Reino de Quito.

En vísperas de Tarqui, no sólo se jugaba la suerte de las provincias australes, sino la de la Gran Colombia. Vencida ésta en Tarqui, habría entonces mismo desaparecido, quizás con menos ignominia que después, cuando el asesinato del Gran Mariscal de Ayacucho y la proscripción y muerte del Libertador.

Los sucesos tomaron otro rumbo, aunque momentáneo. Colombia hizo la última jornada guerrera, en espléndido ocaso de gloria. Debía vivir unos meses más y cerrar el curso de su sol, en una carrera épicamente luminosa.

Su desaparición estuvo decretada. Era el imperativo continental de la hora. Dato existe fehaciente, no sólo de la invitación a San Martín a que presidiese el ataque militar contra Colombia, sino de la aceptación del Caudillo del Sur, cuya retirada forzosa después de la memorable entrevista en Guayaquil, pudo talvez indemnizarle, con fácil victoria, en las desmanteladas fronteras de la convulsa Colombia. Mas, enderezóse la ruta de los acontecimientos en rápida solución, determinada por el valor apasionado y la vehemencia del General Flores; y con Sucre al frente, se improvisó el brillante torneo de la llanura de Tarqui.

Colombia debía de vivir aún, levantando la llamarada de la vida en alto y con resplandor, para languidecer en la impotencia, por la extinción del foco vital, del que quedarían en breve, sólo las cenizas y el rescoldo de odios y venganzas.

Se firmó el tratado de paz. Fue el Ecuador teatro de la primera lucha internacional en estos países niños de Hispano—América. Aquí comenzó la tragedia que más tarde habría de repetirse en los alledaños de Pasto, en las imponderables carnicerías de la guerra del Paraguay, en la larga contienda del Pacífico. En nuestro Guayaquil, suscribióse el primer convenio de reconciliación de dos naciones hermanas, tan presto enemigas, por codicias del poder y bastardías de interés.

Pareció entonces que Colombia triunfadora surgiera de la crisis, como enfermo al que le hubiese aprovechado la sangría de la guerra. La paz se escribió con guante blanco y sobre la base de promesas reducidas a lo mínimo de la exigencia, no de un vencedor, sino de un simple colitigante.

Una gran Asamblea reconstituiría a Colombia, reconci-

Nadie creía entonces mismo en la vitalidad de Colombia, cuya existencia— como dijo el mismo Bolívar,—estaba ligada a su existencia; una república para un hombre, y por lo mismo efímera.

liando al Centro con el Norte. El Sur, lealmente adherido al Libertador y a Sucre, seguiría la buena o mala estrella de estos Capitanes. . . . La hija menor reservada estaba para la fidelidad y el sacrificio.

La Gran Convención fue una junta funeraria. A Bolívar se le condenó a muerte política y civil, para que se fraccionase Colombia en pedazos, cuyas aristas se rompiesen al chocar. Pero. . . . estorbaba Sucre.

Una junta secreta acordó su eliminación; desde Bogotá se convino el asesinato. Debía éste verificarse necesariamente, cualquiera que fuese la vía escogida por el Mariscal para su regreso a Quito, donde el infortunado guerrero había fundado el hogar, dispuesto la heredad familiar y fincado el amor. Una hija le esperaba con las gracias de la cuna.

El grande hombre era el perseguido de la fatalidad, a manera de uno de los personajes de Esquilo o de Sófocles. Como éstos sin ventura de la progenie de Edipo, había de ser infeliz hasta más allá de la tumba.

Desde que escapó prodigiosamente del sitio de Cartagena, desde los trances de la guerra a muerte, el Caudillo modesto y discreto aparecía dentro de un pálido fulgor de holocausto y temprano ocaso.

Después de tormentosa y larga campaña, se le envió a Guayaquil; y en esta ciudad espiritual y risueña, rindióse, quizá, por primera vez, a la sugestión del amor. El amor había de conducirlo siempre por la trágica senda. Había de ser su postrer amor en Quito, esta maga que a tantos encadena, esta Circe que hechizó también al Libertador. Desde que hubo ligado su fortuna a Quito, Sucre—el hombre de bien, el adalid simpático y gentil, más que grande y valiente, aquí muéstrase ligado al destino del Ecuador. Fue todo nuestro. Al Ecuador vinculó sus limitadas ambiciones. Desde la nativa Venezuela, en alas de cartas de intimidad volvía a Quito, a su casa, a su esposa, al calor de la antorcha familiar, el alma del Aquiles cumánés. La presidencia vitalicia de Bolivia no le importaba lo que el dulce instante de tornar a los verdes valles de Pichincha, atalayados por los gigantes de hielo, para entrar luego en la casa colonial, cuyas puertas se le abrieron de par en par el día de las bodas, y que se desdoblarían cariñosas el momento del regreso.

Pidió el héroe al Cielo, demandó a las fieras humanas, que acechaban su dicha, permiso para la vuelta al hogar, donde sería el sueño del olvido—último lecho de los desengañados de la gloria.

Mas, el imperio de su nombre no podía perdonarse por los malvados que decretaron con la eliminación del héroe, la muerte de Colombia, para satisfacer voracidades de mando y granjerías de vileza.

En uno como antro orillado por dos barrancas, pasó galopando el infortunado Mariscal; y las bocas de fuego, de antemano preparadas, centellearon sobre él....El Mariscal ha muerto: rueda su cadáver en el fango del sendero....Nadie recogió el último aliento y su postrer adiós, los compañeros huyeron; también los asesinos, por un resto de pudor....

El héroe fue sacrificado por causa de este triste Ecuador. Los Jefes llamados ecuatorianos, los del Patía celaban a Sucre, el que podía arrancarles el dominio de los Departamentos meridionales. Dijeron que aquél mantendría la integridad de la Patria Grande, desde el Sur; y hasta se le calumnió asegurando que marchaba a Quito, para entregarlo al Perú. La calumnia iba adelante de la víctima, para mancillar su límpida intención, la que en vísperas de la muerte, movió su pluma a exigir del General Flores, que suspendiese, por lo menos, la separación de Quito. Confiaba aún en la estrella que presto se apagaría en la oscura montaña del suplicio.

Para descuartizar a Colombia, para que nuestra patria viniese a menos, se ejecutó la muerte de Sucre. De su muerte arranca el trágico destino del Ecuador. A vivir él, nuestra patria, bajo su egida y al brillo de su nombre, no habría sido entregada a la rapacidad extranjera, ni se hubieran burlado, los pactos ni los caudillos del Patía habrían logrado la mutilación del Ecuador.

El pleito de sangre, el de responsabilidades del crimen de Berruecos complicó todavía más nuestra suerte y nos empujó hacia la adversidad. Berruecos resultó—no únicamente litigio para la justicia—sino proceso de rencor entre dos pueblos, divididos entonces por la tumba del héroe, en torno de la que se derramó la sangre ecuatoriana para imposibles reintegraciones y para rescate de derechos, que se fueron al fondo de la tierra con el cadáver del vencedor de Pichincha.

Flores, fundador de nuestra República, en jornadas de desesperación, tentó rehacer la frontera del Norte. Para contrarrestar la amenaza del Centro, allanóse—inverosimilitudes de la historia—hasta a una alianza con su vencido en Tarquí, el General Gamarra, cuya palabra nunca tuvo fianza. Y después de tentativas estériles que finalizaron en 1841, con Márquez y Mosquera y Herrán, avanzó el lindero septentrional sobre

nuestro territorio.

Sucre estaba bajo tierra, ¡tan pesada la tierra!

Hasta su cadáver tuvo trágica odisea. Se lo condujo a Quito—la de las delicias de la vida del Mariscal— se hizo su entierro vergonzante, como el de un malnacido. Su gloria ¿tenía émulo aún? ¿Asechaba la mirada de incendio de la fiera del Patía? La esposa, tal como la desolada mujer de la tragedia griega, arrebató el cadáver del amado para los ritos funerales. Pero, más que la esposa, debía llorar al héroe la patria ecuatoriana—la verdadesa viuda....

Cuando Lázaro estuvo enterrado, a Jesús se le dijo:—“Señor, no habría muerto, a estar aquí Tú”. Algo así pudo exclamar el Ecuador ante la tumba de Sucre: “A vivir, él no habría sido yo menospreciada, vendida y entregada al extranjero”.

Pueblo del Ecuador, en este día de conmemoración majestuosa y triste, vuelve los ojos hacia una llanura de la Patria que demora allá, al medio día. Allá las colinas de severo paisaje, allá el boquerón de la montaña, ventana hacia la costa occidental. Allá fue la victoria. Sobre una de esas eminencias se perfilan los caballos de batalla, las siluetas de Sucre, de Flores, de los leones de Colombia, próxima a morir. Ese triunfo fue como uno de los postreros de Troya, condenada ya por el Hado a convertirse en cenizas.

Sobre esa liza discurre la melancolía de los Cimerios campos, parece vagar en aquella la sombra del guerrero sin fortuna. La llanura se encuentra como estuvo ha cien años: ni el camino moderno se ha enderezado hacia élla, plañe la selva primitiva el himno de la soledad....El Ecuador, a manera de convaleciente, no sabe si vive de veras....Será porque llora la ausencia perpetua de su prometido, la muerte de su caudillo que pudo ser su conductor y salvador, y no lo fué, porque pésimas fieras lo devoraron.

Y la tragedia fue hasta el fin. Se perdieron los restos del mártir, para encontrarlos tardíamente, después de olvidos peores que la infamia. Las heroínas de la tragedia griega no sobrevivieron para custodiar sus cenizas. No quedó huella de su paso en la corriente de la vida: el fruto de su amor cortado fue sin que reventase la flor. Murió también en el corazón de la amada— otra muerte que no la merecía. (1) ¡Lógica tan dura

(1) Los juristas y poetas de la historia han vituperado las segundas nupcias de la Marquesa de Salanda. Joven, rica y hermosa, después de su viudez, hubo de ser solicitada para nuevo matrimonio, que lo realizó con el Gral. Barriga, prócer bogotano. La tragedia de Sucre habría sido, mejor y plenamente

la del infortunio, que no se quiebra jamás! Todo lo que a Sucre toca parece contaminado de tragedia. En estos días, su Patria, la heroica Cumaná, acaba de romperse y trocarse en polvo, en la epilepsia del terremoto. ¡Qué de él no quede ni hasta la cuna! ¿En qué historia, en qué drama de ella, se hallará tanta desventura?

Al concluir este homenaje y al depositar la Asamblea Nacional la corona perenne de bronce a los pies del Vencedor de Tarqui, en esta solemnidad, a él primeramente nuestro homenaje de admiración y gratitud y a Flores—padre de la Patria— y a los extranjeros irlandeses e ingleses, a los hermanos venezolanos y granadinos, juntos entonces en las filas del combate y para el júbilo de la victoria! ¡Homenaje a los millares de ecuatorianos combatientes, a los muertos desconocidos, a tantos hijos del Azuay sacrificados, y más que muertos, enterrados en el polvo del olvido!

Ni una palabra hoy de reproche al invasor de entonces. La serenidad de la historia nos pide—no la recriminación ni el plañido—sino culto severo y augusto a los manes de los héroes. La invectiva se quiebra en la piedra de los pedestales, donde las estatuas con ojos sin luz, miran en la obscuridad eterna, los misterios de la justicia. Si algo en estos instantes nos sube del corazón hacia los labios, lo apaguemos en el silencio de majestad de este homenaje a Sucre y a sus compañeros. No maldigamos la generosidad del Vencedor. Si no dió fruto su siembra, culpa será no del sembrador, sino de la mala tierra y de los hombres peores que ella.

Cien años de silencio, hermanos del Ecuador, después de esta vertiginosa campaña de treinta días. Ese silencio nos acusa, doblega nuestras frentes sobre el pecho palpitante, y hemos de apretarnos el corazón con las manos convulsas, pero no ensangrentadas.... Parece una vergüenza nuestra la esterilidad de la victoria: una gran falta ¿y quién la confiesa?

Hemos vivido hasta hoy gastando todos los sentidos y las fuerzas todas en la lucha intestina, sin visión de la frontera y sin conciencia, la conciencia que deriva de la Historia....

¡Compatriotas, es quizás la hora del arrepentimiento para jornadas de rehabilitación, de dignidad! ¡Aún hay justicia en el mundo, desvalido Ecuador!

Quito, 27 de Febrero de 1929.

te, artística, si su viuda hubiera conservado las tocas de duelo hasta morir. Pero la vida no se ajusta casi nunca a un programa estético, y hasta la sin par Andrómaca dió a otro en su lecho de heroína, el sitio de Héctor, el bien amado.

